

HARRY DICKSON

LA CABEZA DE DOS CENTAVOS

Jean Ray

Ediciones Júcar, 1972

Traducción de María Ángeles Mori

Edición y corrección de María Dolores Hernández

I

UNA EXTRAÑA PARTIDA DE RULETA MECÁNICA

Al pasar desde Drury Lane a Kingsway, por la estrecha y oscura Wild Street, Harry Dickson se había fijado a menudo en el mismo rectángulo de claridad deslumbrante que se proyectaba sobre el pavimento.

Era un cafetín situado entre la tienda de ultramarinos del barrio y un bar de mala muerte, abierto toda la noche y donde se servía al cliente en la barra. Enteramente de cerámica blanca, tenía la limpieza dudosa de los establecimientos pequeños, provistos de una iluminación demasiado intensa para sus dimensiones, y en donde el polvo y la mugre se hacían invisibles a fuerza de kilovatios hora.

Encima de la puerta, siempre abierta, un letrero luminoso hacía resaltar en las tinieblas letras titubeantes de luz violeta y naranja: *A la marée de Boulogne*.

Desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana se servía a la clientela noctámbula platijas fritas, mejillones en adobo, patatas al aceite, entremeses sazonados con vinagre, emparedados de queso y pasteles. En un extremo de la barra se servía té, café, cerveza y vino caliente; nada de alcohol.

Cuando la noche lo sorprendía por el vecindario, el detective daba un ligero rodeo para pasar delante de ese refugio de luz y de calor, abierto en las tinieblas hostiles de la metrópoli.

Nunca había entrado allí; su instinto de gastrónomo delicado lo hacía sublevarse contra el olor a grasa quemada y el aspecto lívido de los alimentos amontonados, pero le gustaba seguir con ojos divertidos los gestos autómatas de los camareros y la ávida actividad de la clientela.

Enseguida empezó a saludarlo el patrón como a un antiguo conocido, a fuerza de verlo parado delante del escaparate resplandeciente. Era un hombre metido en carnes y de abundantes grasas, de rostro triste, sin expresión, agitándose constantemente entre los enormes peroles de fritura caliente, los cuchillos de cocina y las grandes escudillas llenas de comida.

Una noche…

El seis de mayo, entre las dos y las tres de la madrugada, Harry Dickson volvía de un estreno de un teatro de Drury Lane. La representación se había prolongado con un ponche ofrecido por el director, al que no había podido negarse. La noche era fría y lluviosa, y los invitados se habían dispersado a la salida como una banda de gorriones en busca de taxis y cabriolés que rondaban por allí. Dickson había cedido el suyo a una pareja de artistas de edad, espantados ante la idea de regresar empapados y tan tarde a su casa en el extrarradio.

Caminaba a buen paso en dirección a Inns, en donde estaba casi seguro de encontrar un coche que lo condujese a Baker Street. Cuando iba a cortar por Wild Street, vio brillar a lo lejos el solitario cafetín, y de pronto se le ocurrió entrar y tomar cualquier bebida caliente.

Con gran sorpresa suya, el pequeño establecimiento, aunque extremadamente iluminado, estaba vacío. Una llama de gas, bastante baja, calentaba con moderación los peroles de fritura, mientras que el enorme hervidor de cobre y níquel lanzaba breves llamadas de angustia de vapor excesivamente calentado.

El detective aporreó el mármol de la barra con una moneda. Después, como nadie respondía, lanzó un sonoro “¡Hola!”.

Al fondo del café se veía una cortina de hule que, cayendo desde el techo hasta el suelo en pesados pliegues brillantes, limitaba sin duda alguna la separación entre la taberna y la trastienda.

Harry Dickson no la había visto nunca levantada, y, como seguían ignorando su presencia, decidió echar un indiscreto vistazo detrás. Vio un pequeño salón irregular, tapizado con papel rosa, amueblado con un estilo arabesco, con una mesa redonda e iluminado por una lámpara eléctrica. En un rincón, una estufa caldeaba el ambiente.

Pero, así como en la taberna, no había nadie.

El salón árabe no parecía tener ninguna otra salida más que la abertura tapada con el hule por donde el detective había entrado.

Esto no sorprendió en absoluto a Dickson, quien comprendió que los dueños de la taberna no debían de tener alquilado más que el reducido entresuelo del edificio.

Iba a retirarse cuando alguien entró en la taberna y lanzó un silbido.

Harry Dickson abandonó el salón disponiéndose a explicar al visitante que se encontraba en un restaurante desprovisto de dueños.

El hombre que acababa de entrar le daba la espalda y miraba a la calle, mientras continuaba silbando entre dientes un estribillo de cabaret. Al oír el ruido de la cortina se volvió lentamente.

—¡Vaya! —dijo socarrón—. Un comerciante de patatas fritas vestido con frac. Las raciones estarán en consonancia, supongo.

El detective rara vez había visto un rostro y una constitución más desagradables. El cliente era de talla pequeña, y de su trinchera sucia salía un cuello flaco y desmesurado, coronado por una cabeza huesuda y un rostro como una cuchilla. Unos ojos bizcos parpadeaban con la claridad demasiado intensa de dos enormes lámparas blancas. El individuo no llevaba sombrero, lo que permitió a Dickson ver una cabellera negra y brillante, como si estuviera barnizada, pegada al cráneo.

Después de haber mirado con insistencia a Dickson con expresión insolente, el individuo se volvió de nuevo hacia la calle y escudriñó los dos extremos con atención. Pero la bruma había descendido y cubría totalmente Wild Street con una especie de humo, permitiendo apenas a las potentes luces del bar iluminar el borde de la acera.

El hombre rezongó, diciendo que, después de todo, daba igual.

—¿Espera usted a alguien? —preguntó Harry Dickson, a quien agradó de pronto su papel de fondista improvisado, pues sin duda alguna el trasnochador debía de considerarlo como tal.

—¡Pero bueno! —exclamó el pequeñajo con brusquedad—. ¿Se cree usted con derecho a hacerme preguntas con sus aires de dudoso caballero?

Lanzó una mirada furiosa al detective y se volvió hacia las escudillas observando su contenido con desdén.

—¿No hay whisky? —preguntó con voz altiva.

—No hay whisky.

—¡Qué asco! Esto me enseñará a venir antes.

Metió la mano en un tarro de arenques en escabeche, sacó varios y los mordió con todas sus ganas. Después cogió unos cuantos trozos de cebolla que saboreó como buen conocedor.

—No están nada mal —refunfuñó—. Entonces, ¿es usted el primero, gobernador?

—Sí —respondió secamente Harry Dickson, que en aquel mismo momento había decidido seguir el curso de la aventura.

—¿Y Lostelot se marchó? Qué miedo ha debido pasar el gordo cuando recibió el aviso de tener que cedernos el sitio.

Un ruido de pasos se oyó en la calle y el hombre echó un vistazo inquieto.

—En el fondo me alegro por no haber llegado el primero a esta caja vacía, pues Lostelot hubiera podido dárselas de listo. Su presencia me prueba que no ha hecho nada de eso, lo que es bastante prudente por su parte. ¿Y si pasásemos detrás de ese mantel que hace de puerta? Este bodegón está demasiado iluminado.

—De acuerdo —aceptó Dickson instalándose enfrente del desconocido en el pequeño salón rosa.

De pronto, el enano dirigió al detective una mirada desconfiada.

—¿Por qué no me ha pedido usted la contraseña? —preguntó bruscamente.

Harry Dickson no se inmutó y alzó los hombros con desdén.

—Sabe usted perfectamente que no debo hacerlo —dijo, socarrón—. Me resultaría muy fácil retorcerle el cuello si usted no pudiera decirla cuando yo se la pidiese.

La alusión a su raquítico cuello, parte extremadamente vulnerable de su persona, pareció causar una viva impresión en el hombre.

—Mire, aquí la tiene —dijo, sacando del bolsillo de su chaleco un disco de metal amarillo de dimensión similar a la de una pieza de dos peniques.

—Guarde eso —ordenó vivamente el detective—. No le había pedido nada.

—Por todos los diablos, creo que tiene usted muy mal carácter —gruñó el hombre.

—Mucho —asintió Dickson con toda seriedad.

Pero le costaba trabajo disimular la intensa alegría que invadía todo su ser. Había al lado de la estufa un baúl de Flandes, y en la esquina del mueble se veía una ficha de metal idéntica a la que su compañero acababa de mostrarle.

Se levantó y avivó bruscamente la estufa murmurando que no hacía demasiado calor. Después, al enderezarse, se apoderó rápidamente del objeto.

Transcurrieron unos minutos de silencio. Luego el hombre sacó del bolsillo un viejo reloj de níquel y anunció que faltaba poco para las tres.

—Cuando todo esté en orden espero que se cierren todas las contraventanas y comamos algo —dijo—. No es bebida ni comida lo que falta en esta bodega.

Harry Dickson no respondió. Sospechaba que era un hombre vil y despreciable, pero intuía que iban a mostrarse fuerzas más temibles. En ese momento, sin que se le hubiese oído entrar, alguien levantó la cortina y pasó al salón.

Era una mujer de edad indefinida, vestida con un pesado abrigo de lana, que llevaba una maleta de cuero negro. Se instaló sin un saludo en una de las butacas, se quitó uno de sus guantes y dejó brillar entre sus dedos un disco de metal amarillo. El desconocido la imitó en el acto y Harry Dickson hizo lo propio.

Gesticuló con la cabeza, volvió a ponerse el guante, abrió la maleta y sacó un libro, que se puso a leer en la parte señalada por la cinta.

A Harry Dickson le extrañó el título, que pudo leer perfectamente: *El Castillo de los Rostros Negros*, de Ann Radcliffe. Era una de esas terribles novelas fantasmagóricas que la famosa escritora publicara un siglo antes y que hicieron temblar a toda Inglaterra e incluso buena parte del continente.

La mujer no había leído siquiera una página cuando unos pasos rápidos atravesaron el umbral anunciando a un recién llegado. Lo seguían otros dos desconocidos, y un minuto después un viejo vestido miserablemente y que andaba con dificultad. Todos, al entrar, sin saludarse siquiera, habían mostrado sin pizca de entusiasmo la famosa moneda y se habían sumido en el más absoluto mutismo, ignorándose los unos a los otros.

El viejo fue el primero en tomar la palabra.

—Ya podemos cerrar el establecimiento. Somos siete.

Sin embargo, nadie se movió, como si las palabras del anciano no se dirigiesen a ninguno de ellos.

—Está bien, lo haré yo. Desde luego, no esperaba que Lostelot se quedase después de la advertencia que se le hizo.

Harry Dickson sintió bajarse la persiana de hierro estrepitosamente sobre el escaparate, y luego el ruidito de los conmutadores que apagaban las luces del establecimiento.

El viejo volvió y dijo:

—La máquina tragaperras está detrás de la barra. Es demasiado pesada para mí. ¿Quién quiere ayudarme a traerla aquí?

Se ofreció el pequeñajo.

Volvieron pronto, trayendo una de esas máquinas de juego que hacen las delicias de los cabarets pobres del suburbio y que con una moneda de diez céntimos hace ganar cinco, diez y hasta veinte veces más si el color elegido sale premiado. La ranura por la que se introducía la apuesta formaba la boca de una cabeza de sátiro lujurioso.

El viejo sacó de su bolsillo un puñado de monedas, escogió tres y las introdujo en la ranura una tras otra, en contra de las reglas del juego. Después dejó caer la palanca. El disco de colores giró, paró y el viejo volvió a repetir el juego, dejando primero que se deslizasen dos monedas de dos peniques y después otras dos monedas más. A la tercera vuelta, una lluvia de monedas se desparramó en la escudilla. El viejo las cogió y las tiró a voleo sobre el trinchero y, frotándose las manos, declaró que todo estaba listo.

—Es la segunda vez en mi vida que juego —lo oyó murmurar Harry Dickson—. ¿Lo haré una vez más? —Se dirigió al pequeñajo—: Empiece. Luego el juego proseguirá de izquierda a derecha.

Harry Dickson contemplaba a estos entes silenciosos que rodeaban la mesa. Los tres jugadores que habían llegado juntos no tenían nada en común, ni en su apariencia ni en su porte. Eran hombres de edad muy diferente, vestidos con corrección pero sin ninguna elegancia. El tipo clásico del empleado comercial de la ciudad.

—¡Me toca a mí! —exclamó el enano.

Sacó la ficha de su bolsillo y la deslizó en la boca del sátiro.

—¡Apuesto al rojo! —gritó.

La rueda giró y salió el verde. La boca del sátiro se abrió un poco y escupió la ficha en la escudilla.

—¡Qué suerte la mía! —lloriqueó.

El viejo y los otros tres no tuvieron mejor suerte y vieron cómo su ficha era devuelta por la boca desdeñosa.

La cosa cambió cuando la lectora de la novela apostó al azul. La boca se abrió con mayor amplitud y un puñado de monedas brotó de ella, llenando la escudilla en sus dos terceras partes.

Harry Dickson hizo un gesto de sorpresa: eran monedas de oro las que acababan de tocarle a la ganadora.

Ella, por el contrario, no parecía ni mucho menos sorprendida, y metió negligentemente sus ganancias en la maleta.

Ahora le tocaba a Harry Dickson. Apostó al amarillo y ganó unas diez monedas de veinte chelines.

El juego continuó, alternándose las pérdidas y las ganancias, por otra parte bastante mal repartidas. La mujer ganaba mucho. El viejo vio una vez llenarse de oro la escudilla, con el color blanco. Los tres tipos con aspecto de empleados consiguieron una decena de monedas cada uno. Dickson ganó el doble. El pequeñajo no ganaba nada y gemía lúgubremente.

No se intercambiaron ni una sola palabra.

El tiempo transcurría. El detective se había fijado en que a menudo el viejo sacaba su reloj del bolsillo del chaleco y meneaba la cabeza.

—Es la última ronda —anunció al fin.

Esta última vuelta fue extrañamente pródiga en ganancias. El blanco salió una y otra vez, llenando la escudilla de oro para todos, excepto para el enano, que continuó viéndola vacía.

La última vuelta era para Dickson. Se fijó en que nadie hasta entonces había apostado por el negro. Depositó bruscamente la flecha sobre aquel color sombrío y se dispuso a deslizar su ficha por la ranura.

Un clamor lo detuvo.

Todos estaban de pie, con los ojos llenos de asombro, aterrorizados incluso, fijos en él.

—¡El negro! ¡Usted… ha apostado usted al negro! —balbuceó el viejo, pálido como el papel—. Perdone…, pero son las normas. Tengo que pedirle que me muestre su ficha. Tengo que verla, ya lo sabe usted…

Cogió la ficha con mano temblorosa y, de pronto, se inclinó y se la devolvió a Dickson si atreverse a mirarlo.

—Que sea como usted quiera y también como desea el que nos manda —murmuró con voz ahogada.

El detective no había visto nunca rostros que se descompusieran de forma tan rápida y singular. Los hombres estaban lívidos y temblorosos. El enano sudaba con expresión horrorizada. Sólo la mujer lo contemplaba con ojos escépticos.

El detective dejó caer lentamente la palanca y la rueda de la fortuna giró. Se respiraba un silencio de muerte. La ruleta dio fin a su carrera, vibró, se acercó al triángulo negro y…

…se detuvo sobre el blanco. Un grito de júbilo se alzó en torno a la mesa.

Dickson vio a los hombres respirar profundamente, como si fuesen nadadores que acabaran de ascender de las profundidades del mar. El enano lanzaba aullidos de alegría. El viejo se sujetaba la cabeza con las dos manos y parecía llorar suavemente. La mujer, muy pálida, había cerrado los ojos.

—Oiga, señor, ¿podemos salir? —preguntó el viejo, volviéndose hacia Dickson pero sin atreverse a mirarlo.

El detective hizo un gesto afirmativo, al que siguió una auténtica espantada. Un momento después la taberna quedaba completamente vacía, mientras el ruido de los pasos apresurados se perdía en la bruma.

Harry Dickson permaneció solo en la taberna delante de la extraña máquina tragaperras.

Miró su ficha. Era de oro y llevaba el tradicional signo macabro de una calavera sobre dos tibias cruzadas. Por la otra cara había grabado una especie de jeroglífico en forma de rombo bastante irregular y cruzado por dos líneas paralelas.

Observó que el anciano había visto ese signo y que ésta había sido la causa de su turbación.

Se levantó y registró minuciosamente la casa, o mejor dicho, las dos piezas contiguas. No descubrió nada interesante. En el cofre no encontró nada más que recipientes llenos de objetos de cocina. La registradora estaba vacía. No había ropa por ninguna parte.

A solas, reanudó su juego con la máquina tragaperras, apostando al negro. Por fin salió y cayó una verdadera lluvia de oro que desbordó la escudilla desparramándose sobre la mesa como un río sonoro, vaciando por completo la máquina.

Estaba guardando ensimismado su extraño tesoro cuando, sin esperarlo, la máquina se puso a funcionar por sí sola.

Un objeto brillante cayó en la escudilla. Era una llave pequeña y plana de acero oscurecido, de forma particularmente complicada.

Amanecía cuando el detective salió cautelosamente de la singular taberna, llevándose el tesoro y la llave, cuyo destino permanecía envuelto en el misterio.

Esperó al anochecer para volver allí, pero las contraventanas seguían cerradas.

Durante el día, Dickson había hecho indagaciones.

Las dos piezas del bajo las alquilaba una agencia inmobiliaria a un tal señor Lostelot, de nacionalidad francesa, desde hacía casi un año. No vivía allí, sino en una calle tranquila de Clerkenwell, adonde se dirigió Dickson en el acto.

Como era de suponer, la dirección era falsa. Nadie conocía a Lostelot.

Por orden judicial la taberna fue clausurada, pero nadie se presentó a hacer ninguna reclamación.

II

EL CRIMEN DE CLISSOLD PARK

Harry Dickson consiguió sin ninguna dificultad que le fuese entregada la famosa ruleta.

Era un aparato hecho en serie, de fabricación francesa, al que habían añadido un mecanismo interior de muy reducidas dimensiones, pero muy bien ideado. Se conseguía vaciar completamente el aparato de su contenido metiendo primeramente tres monedas de dos centavos, luego dos monedas más y finalmente otras dos, y sólo entonces el trasto escupía las monedas de oro.

El detective se puso en contacto con el fabricante francés. Éste le dijo que nunca había modificado sus aparatos, ni tampoco le habían pedido licencia para hacerlo.

Al estudiar detenidamente la mecánica, Dickson sacó en conclusión que el color negro premiado vaciaba por completo la reserva de oro y accionaba un sistema de relojería, que al cabo de unos minutos podía hacer surgir un objeto en la escudilla, la cual se iba inclinando progresivamente. De esta forma era como había recibido la extraña llave.

Mandó a Tom Wills por todo Londres en busca de máquinas similares.

El joven volvió al cabo de unos días con un resultado estimable: había encontrado ocho, pero todas eran aparatos normales y corrientes, que permitían ganar algunos centavos y, sobre todo, perder mucho. Ninguna respondía al truco de las apuestas, que se introducían en la ranura una tras otra, sin pagar ninguna con una sola moneda de oro el trabajo de los detectives.

Harry Dickson estaba a punto de creer en la existencia de alguna secta masónica dada a la extravagancia cuando ocurrió el crimen de Clissold Park.

Tocaba a su fin el mes de junio, y varias escuelas cerraban sus puertas ya para disfrutar de las vacaciones. El colegio Howard, centro privado para jóvenes de buena familia que se conformaban con una cultura mediocre, pero de línea perfecta, clausuraba el curso.

Dicho colegio se encontraba en Green Lanes, y su jardín lindaba con el enorme Clissold Park.

El director y propietario de ese honorable establecimiento, el señor Stephen Howard, había, por consiguiente, mandado a sus alumnos de vacaciones con el propósito de disfrutarlas él también. Sin embargo, eran vacaciones poco ordinarias, puesto que consistían para el pedagogo en escribir interminables ensayos y memorias sobre una literatura muy anticuada y caída en descrédito: la de principios del siglo XIX.

A la mañana siguiente de la marcha de sus alumnos, el señor Howard, provisto de un buen montón de cuartillas de papel y de galón y medio de tinta violeta, se había instalado delante de su ventana abierta y se había puesto a escribir.

Había trabajado todo el día, e incluso hasta bastante avanzada la noche, ya que su criado le había dado las buenas noches a través de la puerta a eso de las once.

A la una de la madrugada, ese criado, Peter Slumkin, había despertado bajo el efecto de un espantoso dolor de muelas. Se había levantado para tomar un antiguo remedio que creía infalible, agua de jacobinos, y había echado un vistazo por la ventana. Vio que la luz del aposento del director se había apagado, por lo que sacó en conclusión que estaba acostado ya.

Entre las tres y las cuatro de la madrugada, el dolor de muelas se intensificó. Peter tomó otro trago de la famosa agua. Instintivamente, miró por la ventana para ver qué tiempo hacía, pues pensaba ir de pesca más tarde. Esta vez se veía una luz en el despacho del director.

Por supuesto, Howard no acostumbraba a levantarse a medianoche para seguir trabajando.

Peter se acostó de nuevo, y cuando despertó se sentía lozano y dispuesto, listo para salir a tentar al gobio.

Se vistió con rapidez y bajó la escalera.

Con gran sorpresa por su parte, vio luz en el despacho de su patrón, a pesar de que ya era de día. Llamó a la puerta, no obtuvo respuesta y abrió.

El señor Howard estaba sentado en su sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Un poco de sangre había caído sobre la chaqueta del pijama, pues estaba en bata. Una puñalada en pleno corazón había puesto fin a la vida del pobre hombre.

Peter avisó a la policía por teléfono, y al abrir la puerta a los agentes, que habían acudido con gran rapidez, notó que los pestillos de la puerta de entrada estaban descorridos y la cadena de seguridad suelta.

Inmediatamente, a instancias de Scotland Yard, el detective Harry Dickson se incorporó a la investigación.

El señor Howard no era un gran sabio, pero gozaba de excelentes relaciones, y algunos conceptuaron su desaparición como una verdadera calamidad nacional que requería una venganza rápida y contundente.

La casa del director estaba completamente aislada de los locales, ahora desiertos, de la escuela. Como no era muy grande, y además el señor Howard tenía reputación de ser ahorrativo, casi avaro, Peter Slumkin se bastaba para asegurar el servicio.

La caja fuerte, de modelo antiguo, que hubiera podido ser abierta sin dificultad por rateros profesionales, estaba intacta, y eso que contenía una cantidad considerable de dinero. En el cajón del escritorio, que no estaba cerrado con llave, se encontró la cartera bien repleta del director, así como un magnífico estuche de oro para cigarros, enriquecido con rubíes.

Harry Dickson dirigió una parte del interrogatorio de Peter Slumkin, pero el pobre diablo no tenía gran cosa que contarle.

—Me dio las buenas noches a través de la puerta —dijo Slumkin, agregando que el barómetro anunciaba buen tiempo y que seguramente tendría suerte en la pesca—. Oh, era un buen patrón… Después se puso a escribir de nuevo…

—¿Cómo lo sabe usted, si no lo vio? —preguntó Harry Dickson.

—¡Vaya pregunta! —replicó el criado—. Todos los que conocían al señor le dirán que no había hombre que metiese tanto ruido al escribir como él. Su pluma chirriaba de tal forma sobre el papel que se lo oía fácilmente a través de la puerta.

Habían ido a buscar al ayudante de la escuela, un pobre infeliz que ejercía como vigilante de estudios y que vivía en un apartamento amueblado del vecindario. Harry Dickson se volvió hacia él.

—Lo que Slumkin acaba de decir debe de ser la verdad, ¿no?

El ayudante adoptó un aire perplejo y carraspeó un poco para aclararse la voz.

—No quisiera contradecir a nadie —dijo suavemente y como quien quisiera excusarse—, pero nunca he oído…

—¿Cómo? ¿Nunca había visto usted escribir al señor Howard?

—Oh, sí, pero nunca he oído rechinar su pluma, al contrario…

Peter Slumkin se puso rojo de furia.

—¿Qué insinúa este desgraciado vigilante que no tiene dónde caerse muerto? ¿Que miento?

—¡Oh, no! —gimió el pobre infeliz—. Sólo digo la verdad.

—Yo —dijo Peter con aplomo— he pasado muchas veces delante de esa puerta y cada vez, o casi siempre, he oído como ayer rechinar la pluma del director.

—¡Un momento! —exclamó Harry Dickson—. Usted lo ha oído escribir, pero ¿lo ha visto?

Slumkin permaneció pensativo un momento, y después meneó lentamente la cabeza.

—Mire usted, ahora que lo dice, señor, me parece raro. En efecto, no lo he visto. La verdad es la verdad.

—Muy bien —dijo el detective—. ¿Quiere bajar un momento al salón, Peter? Y usted también, señor profesor. ¿Señor…?

—Prosper Revinus, profesor adjunto de francés.

—Gracias. Hasta luego. Les quedaría muy agradecido si pudiera tenerlos a mi disposición.

Salieron después de saludarlos, y Goodfield, el superintendente de Scotland Yard, que había escuchado en silencio, se acercó con presteza a su célebre amigo.

—Curioso, ¿eh, Dickson? El hombre que vio escribir a Howard no oyó rechinar su pluma, y el que la oyó no lo vio escribir.

—No podría haber descrito usted mejor la situación, Good —convino el detective.

—Pero bueno, ¿a esto llama usted una situación?

—Claro, claro que sí… En el fondo es bien sencillo... ¡Espere un poco!

Harry Dickson se había inclinado sobre el escritorio, armado con su lupa. Con el índice recogía un polvo fino y brillante.

De pronto se volvió hacia Goodfield con la mirada iluminada.

—¿Cuál es el ruido que más se parece al de una pluma que cruje? —preguntó.

—Pues bien —dijo Goodfield, socarrón—, el roer de un ratón, por ejemplo.

—No está mal, pero ¿qué más? ¿Qué me dice de una lima fina y pequeña?

—Oh, en ese caso, anoche el señor Howard no escribía, sino que se entretenía en limar algo.

—Ha dado usted en el clavo. Aquí tiene la prueba.

Goodfield tocó con el dedo el polvo fino y exclamó:

—¡Santo Dios, es oro! En siglos pasados se hubiera acusado al director de roer escudos.

Harry Dickson se quedó mirando a su amigo.

—Lo que usted acaba de decir es exacto —murmuró pensativo.

Con mano distraída hojeó los papeles que estaban sobre la mesa, de los cuales únicamente una cuartilla había sido tocada.

—Veamos la obra a la que dedicaba tanto tiempo el infortunado…

Leyó en voz baja el título y los subtítulos: *La novela terrorífica; La obra de Ann Radcliffe; La génesis de su novela; El Castillo de los Rostros Negros*.

—¡Oh! —dijo de repente.

—¿Qué pasa, Dickson?

—Nada… Un recuerdo que se precisa con mayor claridad.

De pronto su memoria lo hizo regresar a la extraña noche de Wild Street, y vio otra vez a la mujer taciturna sumergida en la lectura de su novela.

—¡Conozco esta historia! —exclamó Goodfield—. La leí en una edición de seis peniques. Pone la carne de gallina. Se desarrolla en Escocia, en una casa solariega de la montaña, cerca de Dumfnes. Está lleno de rostros sangrientos, o meramente negros, que aparecen en espejos, y de horribles juramentos hechos al sonar las doce. Trata también de tesoros custodiados por dragones o espectros. ¡Qué sé yo! ¿El señor Howard se interesaba por estos cuentos? Lo creía más inteligente. Pero en fin, que descanse en paz.

Se encogió de hombros con filosofía y siguió al detective a la habitación contigua, donde el cadáver yacía sobre la cama.

Harry Dickson examinó con gran atención las manos del muerto.

—Goodfield, el mismo polvo de oro está incrustado bajo sus uñas. Y fíjese en la parte encallecida de los dedos, en donde apoyó la lima por momentos. El director ha debido trabajar bastante tiempo, si no la piel de los dedos no presentaría callosidades tan pronunciadas.

—Será preciso averiguar en qué trabajaba con tanto afán, y al mismo tiempo a escondidas —sugirió Goodfield.

Volvieron al despacho, y delante de la ventana abierta sobre el jardín Harry Dickson encendió silenciosamente su pipa.

—Tengo que fumar —gruñó—, tengo que reflexionar, tengo que…

—…encontrar la solución —bromeó el bueno de Goodfield.

El día había amanecido magnífico. Los árboles y el césped estaban llenos de los trinos de los pájaros. Dos arrendajos se injuriaban acaloradamente en las altas ramas de un castaño de color púrpura.

Harry Dickson contemplaba con aire distraído el vuelo mecánico de una urraca cuando de pronto se volvió hacia Goodfield.

—Yo también he leído esa novela. Era muy joven aún… ¿Recuerda usted el nombre de una de sus heroínas?

—¿La *Picanegra*, esa odiosa hembra que se complacía en complicar su vida atroz con los crímenes más espantosos? ¡Ya lo creo que la recuerdo! Era una criatura dotada de una inteligencia y una belleza sorprendentes. Pero esto no tiene que ver con el caso.

Harry Dickson hizo un gesto de cansancio que bien podía significar “Nunca se sabe”. Después volvió a quedarse absorto en sus reflexiones.

Goodfield, que sabía hasta qué punto eran fecundos estos momentos de éxtasis en la carrera del detective, mantuvo un silencio prudente y casi religioso.

De pronto, Dickson exhaló un suspiro.

—El objeto en el que trabajaba el señor Howard ha sido acabado entre las once y la una de la madrugada —dijo—. Fue en ese preciso momento cuando la luz se apagó en su despacho. Entre las tres y las cuatro su asesina se encontraba con él.

Goodfield se dispuso a interrumpirlo, pero Harry Dickson se lo impidió.

—Howard la esperaba hacia esa hora y le abrió la puerta, pues no desconfiaba de ella. Le enseñó el objeto acabado… ¡Debía ser algo de vital importancia, ya que provocó la codicia de su visitante nocturna hasta tal punto que no tuvo inconveniente alguno en cargar un crimen sobre su conciencia con tal de poseerlo! Entonces, salió con rapidez, puesto que no le dio tiempo a apagar las luces.

—¡Ella! —exclamó Goodfield—. ¿Por qué ha dicho usted “ella”?

—¡Porque el asesino es una mujer, Goodfield!

—¡Nada lo prueba!

—¡Oh, sí! La noche era suave en extremo, y sin embargo, debajo de su bata, el señor Howard se había puesto los pantalones.

—¡Es verdad!

—En consideración al visitante, o mejor dicho, ¡por pudor hacia una visitante!

Bruscamente, Dickson se levantó.

—Páseme ese papel secante, Goodfield —ordenó.

El policía obedeció y le entregó una hoja de secante verde. Diclson emitió un suave silbido entre dientes.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó con curiosidad Goodfield, que conocía aquellos aires de triunfador.

—¡Esto! —contestó el detective—. Pero guardemos el secreto entre nosotros.

Había descifrado la leve señal de una figura geométrica bastante regular: un rombo cruzado por dos líneas paralelas.

—Sí —murmuró—, el señor Howard era un roedor de escudos…, o mejor dicho, un acuñador.

—¿Un falsificador?

—En absoluto, pues no sabría decir en qué país se utiliza la singular moneda que limaba con tanto esmero.

“Howard había conseguido fabricar un disco-insignia parecido al que poseo —se dijo el detective—, y que llegó a mis manos en extrañas circunstancias en la taberna de Wild Street.”

Pero no comentó en voz alta sus pensamientos.

—¿Quiere volver a llamar a Slumkin o a Revinus? —preguntó Goodfield.

El criado y el profesor parecían haberse reconciliado, pues fumaban puros idénticos que, no cabía duda, procedían de la provisión del fallecido señor Howard.

—¿Pensaba su patrón pasar las vacaciones en Londres, señor Slumkin?

—Oh, no, señor, me mandaba de vacaciones a partir de la próxima semana para un mes entero, y este mismo mes lo tenía que pasar él en las montañas de Escocia.

—¿Y sabe dónde?

—Claro que sí, había pasado allá las vacaciones de Navidad, a pesar del mal tiempo y del frío. Era un pequeño pueblo al norte de Dumfries: Dorkdeen. ¿Lo conoce usted?

—No, pero no importa. Y usted, señor Revinus, ¿no va de veraneo a su país?

—¿Mi país? —balbuceó el profesor, poniéndose colorado.

—¡La dulce Francia! —sonrió el detective.

El hombre bajó la cabeza.

—Desgraciadamente, no puedo hacerlo, porque soy un desertor… Me escapé del regimiento después de haber discutido con uno de mis oficiales. Me expondría a un consejo de guerra…

—Habla usted inglés como un nativo.

—En Francia era profesor de inglés, como aquí lo soy de francés.

—¿Le encargaba a veces algún trabajo especial el señor Howard?

Prosper Revinus reflexionó.

—Nada más que una vez: tuve que traducir una memoria sobre Luis XVI, que trataba sobre todo de trabajos de mecánica y cerrajería del infeliz soberano.

—¿Así que se quedará en Inglaterra?

El profesor no contestó.

—¿No dice nada, señor Revinus?

—Prefiero callar que mentir —dijo el joven con franqueza.

Harry Dickson lo miró con simpatía.

—Se expone al consejo de guerra para pasar unas semanas en su tierra, ¿no es verdad?

—Sí, lo reconozco… Tengo allá, cerca de Saint Omer, una vieja nodriza que me quiere como si fuera mi propia madre, ¿entiende?

—Le deseo buena suerte, señor Revinus. Pero ¿querría usted decirme antes lo que tenía de particular la memoria que usted tradujo para el señor Howard?

—Claro que sí, aunque sospecho que el manuscrito que tuve entre las manos estaba en gran parte influenciado por el Romanticismo. Se sabe, o se pretende, que después del suplicio de Luis XVI se encontraron los cofres reales de los tesoros completamente vacíos. Según dicen, el rey los habría mandado al extranjero en gran secreto, con la esperanza de ir a buscarlos algún día, y habría imaginado un escondite inviolable, con toda clase de cerraduras especiales. El final de esta dudosa obra era más bien un oscuro escrito satánico que traduje con mucha escrupulosidad, pero que entendí muy poco.

Harry Dickson se aisló un poco con el joven. Sacó de su cartera el libro de apuntes y dibujó sobre un folio el signo del rombo cruzado por dos líneas paralelas.

—¿Se hallaba en la memoria esta figura casi geométrica? —preguntó.

—¡Por supuesto! —contestó Revinus—. Es el signo que servía de firma a dicho logogrifo. En mi opinión, tiene que ser la del taumaturgo o la del que lee la buenaventura, el cual cometió esta insensatez.

Con estas palabras, el profesor se despidió amistosamente del detective.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras él y Dickson se encontró solo con Goodfield, éste hizo un gesto de misterio.

—Actúe con cuidado, Dickson. Mire con disimulo por encima de la tapia del jardín, en Clissold Park. Desde hace un rato veo moverse en la maleza el brillo de unos cristales.

El detective obedeció y, al cabo de unos segundos de observación, declaró:

—Alguien se esconde en un macizo de boneteros y espía esta casa con unos prismáticos.

—¿Y si mando a uno de mis agentes a interrogar a ese indiscreto? —propuso el superintendente. Pero de inmediato exclamó—: ¡Vaya, acaba de marcharse!

Harry Dickson vio una silueta frágil y vacilante que se abría paso entre los matorrales y se alejaba por una alameda transversal.

—Mande a uno de sus hombres que lo siga de paisano y que no lo pierda de vista.

Acababa de reconocer al viejo jugador de la taberna de Wild Street.

III

LA MUERTE DE HARRY DICKSON Y TOM WILLS

El informe del inspector Maldew no llegó a manos de Dickson hasta el anochecer.

El hombre había tomado asiento en un autobús que lo había llevado hasta la estación de London Bridge. Allí había bajado, y como quien anda dando una vuelta, llegó a pie hasta el barrio de Bermondsey. Hacia el mediodía había entrado en un restaurante de precio único de Tanner Street y había esperado a que una mesa quedara libre junto a la ventana. Comió copiosamente y bebió cerveza varias veces.

Maldew en ningún momento se dio cuenta de que observara algo en la calle. Después abandonó el establecimiento y reanudó la marcha con su paso lento. En Grange Road entró en un salón de té, donde le sirvieron una limonada. Después de tomar un trago, había pasado a la parte trasera del salón, en la que había un buen número de juegos mecánicos, y se detuvo delante de una máquina tipo tragaperras. Se había puesto a jugar de inmediato apostando al negro y perdiendo siempre, pues el negro se obstinaba en no salir. Por fin abandonó la partida meneando la cabeza. Al momento, otro consumidor ocupó su puesto, y había apostado al negro para ganar, pues la escudilla quedó totalmente llena de centavos.

Pero el agente, sin indignarse por ello, volvió a reemprender la persecución.

La tarde avanzaba. El viejo, que parecía cansado, se había detenido en el ángulo de Tower Road con la mirada puesta en el reloj de la esquina. Cuando el reloj dio las cinco, el viejo echó a andar con paso acelerado en dirección a Tabard Street. Recorrió sin detenerse la arteria y dobló bruscamente la esquina de Wickham Street, que, como es sabido, desembocaba en la plaza cuadrada de Wickham Court.

Había allí una antigua y hermosa casa conocida como Harvant House, porque pertenecía a la familia Harvant, nobles de edad avanzada que no residían en Inglaterra desde hacía años, pero que conservaban sus propiedades, administradas lamentablemente por hombres de leyes anticuados. La casa estaba deshabitada desde hacía bastantes lustros. Por eso se sorprendió tanto al ver al anciano tirar del picaporte y que la puerta se abriera, facilitándole el acceso a la mansión.

Maldew había permanecido vigilando durante media hora, pero el hombre no había vuelto a salir. Entonces el policía hizo su informe.

—Que se rodee completamente Harvant House y que todo el que salga o trate de entrar sea inmediatamente detenido —ordenó Harry Dickson sin dilación.

Unos minutos más tarde, después de haber recibido los informes deseados del puesto de Bermondsey, llamaba por teléfono al abogado Winston, en Lambeth Walk, quien tenía a su cargo Harvant House.

Fue el anciano abogado en persona quien se puso al aparato, amable y ceremonioso.

—¿Harvant House? Es… una casa en la que no merece la pena gastar doscientas libras en reparaciones, aunque hagan falta dos mil para hacerla acogedora. Por eso no tengo ninguna autorización para alquilarla. ¿Cómo? ¿Es usted de la policía? Es gracioso. No hay allí nada que merezca la pena sacar. Muebles carcomidos por las polillas y tapicerías roídas hasta la trama. Los mismos ladrones se sentirían robados, aunque no fuera más que por el tiempo perdido. Tiene usted las llaves a su disposición… Pero deje que me ría… ¿Un robo en Harvant House? ¡Ja, ja, es bastante divertido! ¡Buenas tardes!

Esperaron a que oscureciese para penetrar en la citada casa con el fin de no despertar la curiosidad de los transeúntes, aunque era raro encontrar a nadie en aquel lugar. La vigilancia de la policía había estado dirigida por Goodfield en persona, y cuando Harry Dickson, acompañado por su pupilo Tom Wills, llegó a Harvant House, se le informó de que nadie había entrado ni salido.

La vigilancia se estrechó y Dickson, seguido por Goodfield y Tom, penetró en la mansión.

El señor Winston no había exagerado nada. Ya en la entrada les vino al rostro un vaho cargado de moho, como el de la emanación irrespirable de una cripta. Las babosas habían trazado una senda plateada sobre las paredes de pinturas estropeadas. Los artesonados se caían a pedazos, roídos por las ratas.

Harry Dickson olfateó la pestilente atmósfera.

—Huele a sebo, a vela y a mecha quemada —dijo.

Una escalera de mármol que debió haber sido espléndida en sus tiempos, pero que ya estaba casi en ruinas, los condujo hacia una serie de salones en los que las linternas de los detectives espantaron a una banda de ratones azules.

—No hay nadie en esta bodega —masculló Goodfield.

—Está la vela —replicó Harry Dickson, empujando una pequeña puerta que daba a una sala tan alargada que la luz de sus linternas apenas alcanzaba al otro extremo.

Pero, al tenue reflejo luminoso, pudieron distinguir al fondo de la estancia una mesa enorme con altas sillas de cátedra.

Tom Wills, que en aquel momento iba el primero, se sobresaltó bruscamente.

Los altos respaldos de las sillas estaban vueltos hacia los intrusos. El joven había sentido de pronto aprensión, el presentimiento de una presencia, aún oculta para ellos, sobre las antiguas sillas.

Harry Dickson levantó su linterna y le faltó poco para dejarla caer por la sorpresa. Iluminaba un objeto puesto en el centro de la mesa: ¡una máquina tragaperras!

—Acerquémonos —dijo.

Goodfield sacó su revólver, gesto que Dickson acogió con un encogimiento de hombros.

Los reflejos de las tres linternas contorneaban las altas sillas, y los detectives vieron…

Tres hombres muertos, con los rostros desfigurados por el mismo rictus de horror.

—¿Quiénes son? —preguntó Goodfield—. ¿Qué hacen en esta casa vacía?

Mientras hablaba, registró los bolsillos de los muertos, pero a medida que efectuaba la operación, su frente se iba frunciendo.

Los bolsillos estaban vacíos.

Pero Dickson los había reconocido: eran los tres jugadores de Wild Street a quienes él había tomado por simples empleados de la ciudad.

—Dé las órdenes pertinentes para que el servicio de Antropometría haga las diligencias oportunas —aconsejó a Goodfield.

Después concentró toda su atención en el aparato mecánico: la aguja que acababa de ganar estaba sobre el negro.

—Que no toquen este aparato —ordenó Harry Dickson—. Tendré que examinarlo más tarde. Veamos ahora de qué han muerto estos hombres.

Su examen no le descubrió nada, pues arrancó una hoja de su bloc de notas y dio orden a uno de los agentes de avisar al médico forense, Miller.

—Sus ojos son muy extraños —dijo Goodfield de pronto.

Mientras tanto, Tom Wills, ayudado por otros inspectores, había registrado la casa, pero había vuelto con las manos vacías.

—Sin embargo, el viejo no ha podido marcharse de aquí sin ser visto —afirmó Maldew—. A menos que exista algún pasadizo secreto. Pero en ese caso, ¿por qué habría entrado por la puerta de la calle tomando las precauciones necesarias para no ser visto?

—Por otra parte —agregó Tom Wills—, hay una capa tan grande de polvo extendida por todas partes que la menor huella de pisadas en el vestíbulo y en la sala en la que estamos se habría visto.

Los empleados del servicio antropométrico habían llegado y tomaban las huellas digitales de los muertos. Luego se marcharon, prometiendo enviar el informe lo antes posible.

Más tarde le tocó el turno al doctor Miller. El hábil perito llegó, como siempre, sudando y con prisa.

—Perfecto, perfecto —declaró con aire jovial—. Aquí estamos una vez más en pleno misterio. Pero usted no estaría aquí, Dickson, si esto no dejase entrever algo tenebroso a veinte pasos. Vamos a ver a mis clientes…

Examinó los cadáveres tocándolos con delicadeza, auscultándolos con una atención casi sin igual, de manera que su posición no cambiase.

—Pienso que en el anfiteatro donde los mandaré llevar no descubriré nada nuevo sobre la causa de su fallecimiento —dijo—. Congestión cardíaca violenta… ¡Eh! Pero…

Casi se echó a reír.

—¡Tienen los ojos reventados! ¡Puedo asegurarles que sus retinas están totalmente despegadas! Asombroso…, si es que aún se puede admitir que todavía haya cosas asombrosas en este bajo mundo sumergido en la ignorancia.

—¿Y la causa de este extraño… accidente? —preguntó Harry Dickson.

—Sinceramente, no lo sé, y aún tardaré en averiguarlo. ¡Causa desconocida, Dickson! De lo más desconocida. La gran X, vaya, como en álgebra, y por lo visto la solución del problema aún está lejos.

Acabadas las primeras pruebas, vinieron a levantar los cuerpos para llevarlos a los locales destinados a los servicios del doctor Miller.

Llegó un coche de la policía y un inspector del servicio de Antropometría descendió de él con presteza.

—Señor Dickson, hemos puesto a trabajar a una triple brigada.

—Para no encontrar nada, ¿verdad?

—Desgraciadamente, sí. Sólo tenemos las fichas de los criminales y de los delincuentes que estuvieron un año en la cárcel. Pero las fotocopias van a ser transmitidas a todos los grandes centros.

Harry Dickson se encogió de hombros.

—Sí, de acuerdo —dijo con tono resignado—. Pero me temo que no va a servir de nada. Esta gente no está fichada en su servicio ni en ninguno de este tipo.

—Cerraremos la casa —dijo Goodfield.

—¿Para qué? No olvide que desapareció un hombre y que tenemos que buscarlo, Goodfield. De momento puede dejar marchar a su gente. Pienso quedarme aquí con Tom un rato más.

—¡Brrr, no va a ser ninguna fiesta, amigo mío! —dijo el superintendente.

Los dejó, satisfecho de no cargar con la faena de la guardia en compañía de los dos detectives.

Éstos se acomodaron lo mejor posible en los siniestros asientos, y Dickson empezó a reflexionar.

Tom Wills se aburría bastante, pero se abstuvo de perturbar la meditación de su mentor.

—Aquí huele mal —dijo de repente—. Se diría que se está quemando un trapo.

A su vez, el detective olfateó el aire y dio la razón a su discípulo.

—¡Claro que sí! Algo está ardiendo… Espero que no se haya incendiado esta horrible mansión.

Apenas había dicho eso cuando se oyó un siniestro silbido y la sala se llenó de una fulgurante claridad.

Dickson y su discípulo se levantaron sobresaltados, volcando sus sillas, asfixiándose por el intenso calor que lo invadía todo.

—¡La máquina tragaperras! —gritó Tom.

La máquina resplandecía como una hoguera y, de repente, estalló con un ruido sordo, desparramando a su alrededor una lluvia de llamas. Harry Dickson y Tom Wills apenas tuvieron tiempo de huir: un trueno retumbaba detrás, y un río de fuego se arrojaba sobre ellos.

—¡Corra, Tom! —jadeó el detective, al darse cuenta de que su discípulo desfallecía.

Pero una barrera de fuego aisló de pronto el vestíbulo de la escalera donde se hallaban. Se retiraron hacia las salas vacías de la parte posterior del edificio. Una vez allí, encontraron de nuevo un poco de aire fresco y pudieron respirar un momento.

—¡Ah! —exclamó Tom Wills—. ¿Qué está pasando en esta dichosa casa?

—Es un buen ardid —sonrió Harry Dickson con aire socarrón—. Para que la justicia no pueda examinar como es debido la famosa máquina tragaperras, prende fuego a la casa en que se encontraba.

Habían llegado a un patio cuadrado rodeado por altas murallas, y se planteaban la posibilidad de salvarse por allí para huir del incendio. Unos fuertes crujidos se oían ya, y en las ventanas se encendían unos resplandores insólitos.

—Es imposible —gimió Tom Wills—. ¿Cómo puede el fuego propagarse tan deprisa?

—No es un fuego común —contestó el detective, corriendo a lo largo de las paredes en busca de un sitio por donde pudieran trepar—. Es el terrible fuego griego[[1]](#footnote-2), tan tristemente célebre, que arde sin que se lo pueda apagar y que se propaga con una rapidez increíble.

De pronto, una llama enorme brotó del techo y una nube caliente se extendió por los alrededores. Un clamor de terror se levantó a lo lejos, y casi al instante se oyeron las sirenas de los bomberos.

Un tizón inflamado cayó a los pies de Dickson.

—¡Tenemos que llegar al extremo del muro! —gritó el detective—. ¡Si no, nos habremos asado en cuestión de unos minutos!

Los cristales de las ventanas se rompían uno tras otro, formando corrientes de aire que reanimaban aquel brasero. Una lluvia de tizones y pedruscos ardientes cayó sobre el patio, y una multitud de chispas corrió por el cielo oscuro.

Harry Dickson lanzó un grito de desesperación. No encontraba ninguna salida. No tenía a su alcance ningún medio para huir. Se encontraba encerrado con su pupilo en un pozo que el fuego iba a invadir de un momento a otro.

Una brasa ardiente cayó sobre Tom Wills, que lanzó un grito de dolor, mientras su mentor se apoyaba jadeante contra el muro, sin poder respirar más que fuego, a punto de desfallecer.

—¡Tom!

—¡Jefe!

Fueron sus últimas palabras. Con un estridente rugido, las llamas se precipitaron sobre el patio y unos minutos más tarde los muros de Harvant House cedían como los de un castillo de naipes, desplomándose en una apoteosis de horror y desastre.

\*\*\*

Fue uno de los siniestros más terribles que Londres había podido señalar en sus trágicos anales. Quince edificios ardieron esa noche, y más del doble quedaron seriamente dañados. Por fortuna, el fuego no causó ninguna víctima en el barrio. Únicamente algunos bomberos recibieron heridas de cierta consideración.

Pero Harry Dickson y Tom Wills habían desaparecido.

Se mantuvo el secreto durante unos días, pues Scotland Yard tenía la esperanza de ver reaparecer al detective y a su joven alumno.

Pese a los esfuerzos de Scotland Yard por no propagar con demasiada rapidez la terrible noticia, algunos ecos aparecieron en la prensa. El público fue puesto al corriente del extraño caso de los jugadores muertos.

Tenemos ante nosotros los informes y reportajes, más o menos imaginativos, que aparecieron en los periódicos por esas fechas.

No se establecía ninguna relación entre el crimen de Clissold Park y el drama de Harvant House. De igual modo, apenas se mencionaba la presencia de la máquina tragaperras en la casa siniestrada. El informe del médico forense Miller se citaba brevemente. Al parecer, los tres desconocidos habían fallecido a causa de una violenta congestión cardíaca, probablemente por haber ingerido una sustancia tóxica que no pudo ser descubierta.

Sin embargo, todo esto carecía de verdadera importancia en los periódicos comparado con la dolorosa publicidad que se hizo sobre la muerte de Harry Dickson y su ayudante.

Se les dedicó en primera página columnas enteras. Las aventuras del célebre detective ocupaban igualmente la parte inferior, en lugar de los folletines, cuya publicación se aplazó sin una protesta por parte de los lectores.

Se excavaron los escombros de Harvant House con gran esmero, bajo la vigilante mirada de Goodfield, que a duras penas contenía las lágrimas y que hubiera deseado ardientemente encontrar los restos calcinados de sus amigos para darles adecuada sepultura.

Pero ¿cómo encontrar nada en aquel montón de escoria, hierros y cenizas aglomeradas?

Y los días pasaron, y también las semanas. La casa de Baker Street quedó cerrada para siempre. Anonadada por la desgracia, la señora Crown no pudo continuar viviendo en aquella morada en la que había pasado unos años tan felices junto a su célebre patrón y su querido Tom Wills. Entregó la llave a Goodfield, que venía de vez en cuando a recoger el correo y a sentarse en la butaca favorita del detective para reflexionar, recordar y llorar.

Las vacaciones habían terminado, el otoño se acercaba, y llegó septiembre.

Goodfield, que no podía hacerse a la idea de haber perdido a Harry Dickson, decidió hacer sus piadosas visitas a Baker Street con cierta regularidad. Venía a pasar una hora dos veces por semana a la caída de la tarde.

Y fue allí donde recibió una visita con la que no contaba.

En uno de aquellos tristes atardeceres, llamaron a la puerta de la calle y el policía fue a abrir con desgana. Vio una silueta de hombros estrechos que se inclinaba ante él y le pareció tener ante sí una cara conocida.

—Soy Prosper Revinus —dijo suavemente el visitante.

—Vaya —murmuró Goodfield—, el ayudante del colegio Howard… Perdóneme, quería decir el profesor…

—No he ascendido —respondió Revinus con tristeza—. Al contrario, me he convertido en profesor ambulante.

—Entre —lo invitó Goodfield—. Supongo que ya sabe lo que le ocurrió al querido y gran Harry Dickson y a su pobre pupilo, ¿no?

Prosper Revinus inclinó tristemente la cabeza.

—Lo sé, y estoy apesadumbrado. Nos separamos como buenos amigos un día en que casi me acusó. Comprendía profundamente la desgracia ajena.

—¿Puedo preguntarle cuál es la razón de su visita, señor Revinus? —inquirió Goodfield.

—Claro que sí. Es a usted a quien vine a buscar aquí, en este marco lleno de recuerdos.

—Me siento halagado —contestó el policía al ver que el otro trataba de encontrar las palabras precisas para expresarse—. ¿Pero…?

La voz del profesor de francés se hizo más firme.

—¡He venido aquí a buscarle para vengar a Harry Dickson! —dijo con fervor.

—¡Vengarlo! ¿Cree usted que ha sido un acto criminal? —titubeó Goodfield—. Pues Scotland Yard, después de haber considerado esa hipótesis, no se atrevió a mantenerla.

—No digo —continuó Prosper Revinus— que el señor Dickson y su alumno hayan sido víctimas directas de un acto criminal, sino que han sucumbido a causa de un crimen.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Recordé el enigmático libro que el señor Howard me mandó traducir y descifrar. En él se hablaba de un fuego griego que se encendía, siguiendo una especie de rito, del cual no quedó nada más en la memoria. Pero voy a pensar en ello una y otra vez, pues quiero recordarlo. Tengo la intuición de que la verdad está detrás de estos casos oscuros y temibles. He leído los periódicos británicos que relatan el terrible incendio de Harvant House. Se hace alusión a un aparato mecánico llamado tragaperras que se encontraba sobre la mesa en la lúgubre sala donde aparecieron los tres extraños cadáveres.

—Es cierto —murmuró Goodfield—, pero no se le ha dado ninguna importancia, aunque Dickson expresó el deseo de examinar por sí mismo el popular aparato.

—Ah —dijo el profesor con aire pensativo—, ya decía yo...

—¿El qué?

—¿Tendrá usted la paciencia suficiente para escuchar una historia bastante larga, señor Goodfield?

—Claro que sí. Sobre todo si está relacionada con Harry Dickson o con alguno de los casos en que se vio complicado.

—Es posible que sí —respondió Prosper Revinus. Y comenzó—: Quizá recuerde usted que cuando tuvo lugar el crimen de Clissold Park confié a Harry Dickson la razón de mi estancia en Inglaterra y el riesgo que corría al volver a Francia. Pero el deseo de ver a mi querida nodriza era demasiado grande, y pocos días después me dirigía a Saint Omer, y desde allí al extrarradio, donde vive la buena mujer. Me recibió con grandes muestras de alegría y me ofreció una espléndida, aunque clandestina, hospitalidad en su casa.

»Su vecino más próximo era nuevo allí. Era francés, pero no de su región. Un hombre alto y robusto, pero de rostro desfigurado. Parecía haber sido más corpulento en una época anterior. Debía de haber adelgazado muchísimo, pues daba la impresión de que sus mejillas colgaban sobre el cuello de la camisa. Se lo conocía por el nombre de Rigaux, y vivía en un precioso palacete que le habían alquilado sus antiguos habitantes. El señor Rigaux recibía muchas visitas, pero pronto se corrió la voz de que su mansión no era más que una casa de juego que explotaba con bastante habilidad y de forma clandestina.

»Una mañana vino a despertarme mi nodriza, muy asustada.

»—¡Qué enredo! —dijo—. Parece que nuestro vecino ha tenido un altercado esta noche con uno de sus clientes, al que había acusado de hacer trampas. Este cliente llevaba un título ilustre, conde o vizconde de no sé qué. Bueno, el caso es que mandó a sus testigos al señor Rigaux. El duelo tendrá lugar más tarde, al fondo del parque que linda con nuestro jardín. Podrás esconderte tranquilamente entre los matorrales si quieres asistir al mismo.

»Como las distracciones eran bastante escasas, no pude resistir la tentación de ir a verlo. Me agazapé en un enorme macizo de lilas y vi llegar enseguida al señor Rigaux con sus dos testigos, y después al conde, acompañado igualmente por los suyos. Fueron llevados a cabo con rapidez los preparativos de costumbre, y los dos adversarios, pistola en mano, se separaron diez pasos.

»Iba a ser dada la orden de “¡Fuego!” cuando de pronto uno de los testigos del señor Rigaux se abalanzó sobre el conde gritando:

»—¡Esperen! ¡No disparen aún! ¡Usted no puede batirse con un hombre enmascarado!

»Con mano rápida había cogido la perilla del conde, arrancándola con brusquedad, así como otras partes postizas de su rostro maquillado. Resonó un grito de furor y de espanto, lanzado tanto por los testigos del conde como por los del señor Rigaux. Yo no tenía ojos más que para el singular rostro del pseudoconde que acababa de quedar al descubierto. Era una horrible cabeza enjuta, de contorno repulsivo, con una boca repelente y asquerosa. El señor Rigaux se puso lívido, se tambaleó y exclamó:

»—¡La *cabeza de dos centavos*!

»El otro soltó una especie de ronquido y echó a correr. Pero de pronto se volvió y chilló:

»—¡Ahí tienes tu merecido, Lostelot!

»Y con destreza hizo un disparo.

»El señor Rigaux cayó alcanzado por una bala en el pecho.

»Salieron en persecución del asesino, pero les fue imposible darle alcance. Rigaux fue llevado a su casa, en donde un médico que había sido llamado con urgencia declaró que su herida no era grave, y que se recuperaría pronto tras unos días de reposo.

»Al día siguiente, Rigaux desapareció. Había abandonado su palacete y, sin duda alguna, también la región. Como buen número de altos personajes y gente importante eran clientes de su clandestina casa de juego, el caso quedó cerrado inmediatamente.

»Sin embargo, sé por mi nodriza que los propietarios del palacete, al volver a tomar posesión de sus dominios, han hecho un descubrimiento muy singular: unos quince aparatos mecánicos, conocidos como *cabezas de dos centavos*, montados ya unos, otros aún sin armar, como si se hubiesen utilizado para estudiarlos.

»No sé nada más —concluyó Prosper Revinus—. Pero he tratado de buscar la relación que existía entre estas numerosas máquinas, la que se hallaba en Harvant House, la injuria que Rigaux, acobardado, lanzó a su contrario descubierto y los crímenes que parecen girar en torno a ella.

Goodfield, interesado a su pesar, reflexionaba profundamente.

—¡Ah, pobre Dickson! —gimió—. ¿Por qué no estará aquí para establecer los verdaderos vínculos entre todas estas cosas sin relación aparente, y quizá de auténtico interés? Mire, señor Revinus, me parece que es usted el hombre indicado para ayudar a la justicia, y quizá a la memoria de nuestro gran desaparecido. Si le proporciono a usted los medios, ¿querría seguir con sus pesquisas?

El joven profesor enrojeció de felicidad.

—No me atrevía a proponérselo, señor Goodfield.

—¡Muy bien! Está dicho. Venga a verme mañana al Yard. Pediré al jefe que ponga provisionalmente a su disposición una brigada de detectives. Eso lo ayudará mucho.

Se notaba que Prosper Revinus quería añadir algo.

—¿Quiere usted preguntarme algo más? Adelante, ya que ahora somos de la familia —dijo Goodfield con simpatía.

—Si no me equivoco, me parece que usted leyó la famosa novela de Ann Radcliffe, *El Castillo de los Rostros Negros*, ¿no es cierto?

—¡Pero bueno! Claro que la leí, pero sigo sin entender el interés que eso pueda tener —dijo el policía, comenzando a impacientarse.

—Creo que se jugaban una especie de partidas entre gente enmascarada que no se conocía, ¿no recuerda usted?

—No… Sólo la frase misteriosa: “¡La muerte sale ganadora en el negro!”

—¡Justamente! —exclamó Prosper Revinus—. Ah, señor Goodfield, creo que la solución está ahí: ¡la muerte sale ganadora en el negro!

IV

LOS EXTRAORDINARIOS COMIENZOS DE PROSPER REVINUS, DETECTIVE

Pasada la primera hora de entusiasmo, Prosper Revinus se sintió solo y triste.

La casualidad le había proporcionado coincidencias que Harry Dickson, sin lugar a dudas, habría reunido para descubrir por fin la relación existente entre todos aquellos cabos sueltos.

En su mente estableció una primera clasificación, y luego una ficha que podríamos reproducir así:

*CRIMEN DE CLISSOLD PARK:*

*-Manuscrito y logogrifo traducidos para el señor Howard.*

*-Ocupación misteriosa del señor Howard.*

*-El rombo cruzado.*

*-El viejo que espiaba la casa.*

*-Manuscrito; tratados de mecánica, de cerrajería y sobre todo de automatismos.*

*-Logogrifo, alusión al fuego griego que se prendía siguiendo un rito.*

*INCENDIO DE HARVANT HOUSE:*

*-Empleo indiscutible del fuego griego.*

*-Aparato mecánico llamado cabeza de dos centavos y que llamó la atención de Harry Dickson.*

*EL DESAFÍO DE SAINT OMER:*

*-El misterio de Lostelot (¿dónde he oído yo ese apellido?).*

*-La injuriada “Cabeza de Dos Centavos”.*

*-Las quince cabezas de dos centavos descubiertas en casa de Lostelot/Rigaux.*

Acabada esta ficha, Prosper Revinus se sintió muy satisfecho de lo que llamaba “factores comunes”, pero por más que lo intentaba no lograba dar a este problema una definición correcta. Siguió con la ficha, vacilando ante el carácter romántico de su corrección:

*LA NOVELA DE TERROR DE ANN RADCLIFFE*

Pero un segundo después volvió a sentirse optimista. Bajo este título escribió:

*-Estudio apasionado de la novela por el señor Howard.*

*-Atención de Harry Dickson atraída por esta lúgubre historia.*

*-Alusión a un juego misterioso, en el que la muerte gana en el negro.*

*-Las investigaciones mecánicas que emprendía Lostelot/Rigaux parecían converger todas en las probabilidades que el negro tenía de ganar.*

*-La cabeza de dos centavos de Harvant House tenía una aguja parada en el negro.*

Llegado a este punto, el profesor de francés tuvo una idea llena de lógica: Harry Dickson tuvo que haber empezado la investigación por ese camino. ¿No habría dejado ninguna nota por casualidad?

Avisó en el acto a Goodfield, que opinó lo mismo. Sometieron los documentos de Harry Dickson a un examen minucioso y pronto vieron premiado su esfuerzo. No eran más que unas brevísimas notas, pero permitieron a Prosper Revinus ampliar el campo de sus suposiciones. Se enteró de una parte de la aventura nocturna del detective en Wild Street, de la presencia de un aparato automático idéntico a los que surgían a lo largo de este caso, el nombre de Lostelot y la identidad del pequeñajo bizco.

Revinus no dudó más: el duelista enmascarado y el horrible enano de Wild Street eran el mismo hombre. Pero el por qué, la razón primordial encerrada en esta confusa historia seguía siendo una incógnita.

El profesor leyó y releyó su ficha, y pensó que el razonamiento, y hasta la reflexión, no servían de nada, y tenía que actuar.

Como todo pedagogo realmente digno de ese nombre, poseía una noción precisa de la psicología humana.

Pensó que había dos hombres capaces de llevarlo en la dirección adecuada: Lostelot y el enano, dos personas a quienes reconocería fácilmente. Se dijo que si un criminal se siente atraído a menudo hacia el lugar de su crimen y, suponiendo que estos dos estuviesen complicados en el asesinato de Clissold Parl y en el drama de Harvant House, y hasta en la noche de Wild Street, se conocían ya tres sitios que sería oportuno mandar vigilar.

Empezó por Clissold Park, porque lo conocía mejor. El colegio Howard estaba cerrado y el fiel Peter Slumkin seguía viviendo allí como vigilante. Recibió al profesor con grandes muestras de alegría, pues la vida monótona y solitaria que llevaba en esa casa vacía empezaba a desagradarle.

Aparte de aquellos minutos de mutua irritación, cuando tuvo lugar la primera investigación, Peter Slumkin y Revinus siempre se habían llevado bien. Pero hoy que una misma desdicha parecía unirlos, no tardaron mucho en sentirse profundamente amigos.

Slumkin no era un tipo muy inteligente, pero era sano y honrado, incapaz de traicionar a nadie. Prosper Revinus se confió a él, y al poco tiempo establecieron un pacto de amistad y hasta de alianza.

—Por Dios —dijo el conserje—, ahora que lo pienso, siempre soñé con estar en la administración, y sobre todo en la policía. Si logramos aclarar este misterio, podría sin temor solicitar un puesto en el Yard, ¿no es verdad?

—No cabe duda —afirmó Prosper, bastante divertido por el plural que acababa de emplear su nuevo amigo y aliado.

—Y ahora, mande usted —dijo Slumkin con aire solemne—, puesto que es el jefe, señor Prosper. Deseo llamarlo jefe mientras dure esta investigación que emprendemos en común.

Mandar…

¡Por supuesto! Revinus era perfectamente consciente de que tenía que hacerlo.

Estaban sentados en la biblioteca del fallecido director y, al ver los libros cuidadosamente colocados en las estanterías, el profesor tuvo una idea que el mismo Dickson habría aprobado.

—En Paternoster Row —dijo a su amigo— editan cada semana una pequeña revista bibliográfica, en la que deseo poner el siguiente anuncio: “Poseo una edición rara, en papel de lujo, de la novela de Ann Radcliffe, *El Castillo de los Rostros Negros*, con páginas escritas por la misma autora y que no fueron publicadas en el libro. Quisiera cambiarlo por buena obra de arte sobre la historia de la mecánica.”

Después de un breve intercambio de opiniones, dieron como dirección la de un amigo de Peter Slumkin y él se encargó de llevar el anuncio. Llegó a la redacción de *El Amigo del Libro* en el momento en que llevaban la revista a la imprenta, así que le dio tiempo a insertar el anuncio.

Ni en sus sueños más audaces habría esperado nunca Prosper Revinus un resultado tan rápido. Al cabo de tres días, el amigo de Peter vino a decir que un caballero había venido con motivo del anuncio y había prometido volver la noche siguiente.

Identificándose por completo con su nuevo papel, Revinus pasó gran parte del día probándose postizos, y escogió por fin una perilla gris, una peluca idéntica y el mono mugriento de un antiguo aficionado a la mecánica. Peter Slumkin juró que él mismo se habría dejado engañar por el disfraz, y Revinus se sintió orgulloso con razón.

El amigo de Peter vivía en una calle desierta, ya un poco en las afueras, próxima a los edificios de la escuela. Dejó con mucho gusto el sitio a los nuevos detectives, y esperaron la noche siguiente con cierta impaciencia.

Peter Slumkin, que miraba la calle a través de las cortinas de muselina, hizo de repente una señal de aviso.

—Ahí viene un individuo que anda mirando los números de los portales —dijo—. ¡Apuesto a que viene por su libro, jefe!

En efecto, unos minutos más tarde se oyó el leve sonido del timbre y Revinus fue a abrir.

Ya era de noche, y el desconocido se había subido el cuello del abrigo. Sin embargo, había algo en su porte que a Revinus le resultó familiar.

—Vengo por lo del anuncio de *El Amigo del Libro* —dijo el desconocido—, pues creo que poseo lo que desea respecto al libro de mecánica.

—Ah, pase, se lo ruego —dijo Prosper.

El hombre obedeció de mala gana, y en el vestíbulo, donde había luz, el profesor reconoció a Rigaux/Lostelot.

Éste parecía tener un intenso deseo de dar fin a la entrevista cuanto antes. Entregó a Prosper un libro que parecía nuevo.

—Tiene tres veces más valor que el suyo —dijo con voz altiva.

Revinus le dio las gracias.

—¡Demonios! —dijo—. ¡Nunca hubiera imaginado que una vieja novela interesara a tanta gente! Se han abalanzado sobre ella, no encuentro una definición mejor.

—¿Quién? —preguntó el visitante, desconcertado—. ¿Insinúa usted que otros aficionados vinieron ya?

—¿Otros? —Revinus lanzó una carcajada—. Claro que sí, y al ritmo que van las cosas, supongo que no será usted el último.

—¿Y… y… el libro?

—Lo siento mucho, caballero. Si hubiera sido usted el primero… Pero no lo es. Así que la señora se llevó el libro.

Lostelot palideció y sus ojos brillaron de cólera. Pero puso al mal tiempo buena cara y trató de sonreír.

—Lo siento mucho, porque esta edición sin duda alguna me hubiera interesado sobremanera. Sin embargo, si me pudiera dar el nombre y la dirección de la persona que lo adquirió, tendría todavía la oportunidad de obtenerlo, ofreciéndole un buen precio.

—De todas formas —dijo Revinus con tono socarrón—, le hará falta saber algo más que el precio del *Diccionario de Mecánica* que me ofrecía. Cuando llegó aquí no malgastó su tiempo en palabras. “No tengo obra mecánica que proponerle —me dijo—, pero puedo darle los títulos de los mejores tratados existentes y entregarle el dinero correspondiente.” Depositó sobre la mesa un billete de cinco libras y yo no lograba dar crédito a mis ojos, ya que mi libraco no valía más de dos chelines.

—¡Yo le hubiera dado el doble! —exclamó Lostelot—. Pero deme la dirección de esa señora y le daré una buena recompensa.

Revinus compuso una expresión afligida.

—No le pedí su tarjeta —se lamentó—. Cuando una persona paga tan espléndidamente no puede mostrarse uno indiscreto. Todo lo que puedo decir es que no era mujer joven, y que parecía del tipo que consigue lo que quiere.

Lostelot, malhumorado, se encogió de hombros y se despidió.

—El otro parecía tan airado como usted—prosiguió Revinus.

—¿Qué otro?

—El que acaba de marcharse hace menos de quince minutos. ¡Qué hombre tan feo! No puede existir ser más horrible, ni siquiera en el infierno: pequeño, feo y maleducado.

Esta vez Lostelot no dio otro paso hacia la salida.

—No parece usted muy rico —dijo a bocajarro.

—¿Es una ofensa? —gruñó Revinus, fingiendo darse por aludido.

—Al contrario. Pero ¿no le apetece ganar algún dinero, quizá bastante más que sus míseras cinco libras?

—Podemos entendernos—asintió el profesor.

—Soy bibliófilo, un poco maniático —prosiguió el visitante—, y cuando se me antoja comprar un libro, lo obtengo a cualquier precio. Además, me interesa conocer a los que se dedican a estudios idénticos o similares a los míos. Me gustaría conocer a los que se interesan por el tomo que vendió con tanta prisa y tan inconscientemente, puesto que tenía un gran valor. ¿Podría reconocer a los dos entusiastas que se presentaron?

—¡Tan bien como a usted! —afirmó Prosper Revinus con rotundidad.

—He aquí un adelanto de cinco libras para los primeros gastos —dijo Lostelot, depositando sobre la mesa cinco billetes de una libra—. Recorra todo Londres, trate de encontrar a uno de ellos o a los dos. Hecho esto, intente averiguar quiénes son y dónde viven.

—¿Y después?

—Aquí tiene mi número de teléfono.

Revinus guiñó un ojo y adoptó una actitud maliciosa.

—El señor es un detective privado —dijo—, pero eso no me incumbe y, como el señor paga bien, soy su hombre.

—Actúe deprisa —le aconsejó Lostelot, marchándose con precipitación.

—¿Qué ha pasado, jefe? —preguntó Peter Slumkin cuando el visitante hubo desaparecido.

—Ganó la primera partida, aunque sea la más floja —afirmó el nuevo detective—. Así pues, sé que hay gente que muestra un enorme interés por esa terrible novela negra y que el misterioso Lostelot es uno de ellos. Pero en lo que hubiera querido matar dos pájaros de un tiro, fallé: el libro de mecánica que traía el bravucón era completamente nuevo.

—En resumen, ¿qué hubiera querido usted?

—En concreto, no lo sé. Un libro ya usado y viejo, en el que se hablase de una *cabeza de dos centavos.*

—No se puede tener todo al mismo tiempo —concluyó Peter con filosofía—. ¿Cuáles son las órdenes?

No había que olvidar que Prosper Revinus, a pesar de su innata perspicacia e inteligencia, sólo estaba comenzando como detective y estaba demasiado expuesto a dormirse en los laureles. Contento con el éxito de su ardid, tomó una negligente decisión:

—¡Ahora, a esperar!

Encargaron al amigo de Peter que dijese a los poco probables interesados que pudiesen presentarse aún, que volviesen al día siguiente. Ellos regresaron al colegio de Clissold Park para dar fin a aquella tarde que tan bien había empezado.

—Mañana informaré a Goodfield —dijo Prosper Revinus—, y le daré el número de teléfono del tal Lostelot. En el fondo, no sé de qué acusarlo o inculparlo, pero tengo una pista, Peter, una verdadera pista.

“Al que madruga, Dios lo ayuda”, dice el refrán, añadiendo la prudencia popular “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. Después de sus victorias iniciales, el señor Revinus cometía sus primeros errores.

A esto se agregaba igualmente el que desease disfrutar de los primeros beneficios. El superintendente Goodfield había hecho bien al asignarle abundantes ganancias, y el nuevo competidor de Dickson se encontraba de momento a salvo de la miseria de su vida cotidiana. No pensaba darse la gran vida, sólo aspiraba a encontrarse ante una mesa bien servida.

Peter Slumkin había recibido órdenes que, más que a las del ayudante de un detective, correspondían más bien a las de un perfecto mayordomo: un asado de conejo, una caña de cerveza inglesa, unas cuantas docenas de ostras de Cornualles, un pudin de pasas y una botella de ron añejo compusieron la fiesta de la victoria para los dos aliados.

Por dicha razón, era bastante tarde cuando Peter acercó una vela encendida al ponche para quemarlo dignamente. Pero entonces se enderezó bruscamente, dejó la vela en la mesa y permaneció a la escucha.

—Acaban de abrir y cerrar cautelosamente la puerta de la calle —dijo. Y casi en el mismo instante, volvió hacia su compañero su rostro alarmado y afirmó—: ¡Alguien anda por el vestíbulo!

Tras un momento de desconcierto, Prosper Revinus recobró su entereza. Con gesto firme, giró el interruptor de la luz y todo quedó a oscuras. Permanecieron los dos en la oscuridad, cogidos de la mano.

Una puerta crujió lúgubremente al otro extremo de la casa y después se oyó el roce de un instrumento metálico.

—Se diría que es la pluma del señor Howard, aunque más perceptible —murmuró Peter Slumkin, temblando, pues no hacía más que pensar en la aparición del espectro del señor Howard.

El señor Revinus había cogido su revólver y se dirigió sigilosamente hacia la puerta. Pero estaba escrito que la suerte no lo acompañaría en lo que quedaba de jornada.

Poco acostumbrado a la oscuridad, tropezó con una estera, dio un mal paso y cayó cuan largo era en el suelo. Casi al instante sonó un disparo y Peter soltó un grito de terror. Al caer, Prosper Revinus había apretado instintivamente el gatillo de su arma.

Sin preocuparse ya del ratero nocturno, Slumkin se apresuró a encender la luz, y lanzó un grito de alegría al ver a su amigo levantarse, en un estado penoso, pero ileso.

Sin embargo, un portazo les hizo saber que el misterioso intruso había abandonado rápidamente el lugar.

Echaron a correr escaleras abajo y salieron a la calle. Lo encontraron todo completamente desierto.

—Ya que no hemos podido alcanzar al desconocido, tratemos de descubrir lo que hacía aquí —propuso el “jefe”.

—Entró en el despacho del director —afirmó Peter Slumkin—. Conozco el ruido de su puerta.

En efecto, la puerta estaba abierta, aunque Peter recordaba perfectamente haberla cerrado aquella misma tarde.

Temblaban un poco al encender la lámpara del techo, pero apenas su suave claridad iluminó la habitación se pusieron a gritar como diablos: ¡sobre la mesa había una ruleta mecánica, una *cabeza de dos centavos*!

Esta vez, Prosper Revinus, después de hacerse a sí mismo un rápido pero severo reproche por su negligencia, decidió seguir adelante. Ordenó a su colaborador que registrara toda la casa y le indicara todo lo que pudiera parecerle sospechoso: rastros o huellas. Mientras tanto, él se puso a examinar el artefacto.

No era necesario ser un gran entendido para ver que acababan de abrirlo. Se dispuso a estudiarlo: las casillas de puesta estaban vacías y, debido seguramente a una gran precipitación, uno de los resortes había sido arrancado de cuajo.

Revinus apenas había tenido tiempo de anotar en pocas palabras este descubrimiento en su famosa ficha cuando Slumkin volvió satisfecho también por haber hallado algo.

—La máquina debía estar en la casa —dijo—. ¿Se acuerda usted del gran zócalo del descansillo de la escalera sobre el que se halla una palmera? ¡Y pensar que lo lavé y lo limpié cientos de veces sin sospechar que era un armario! Es ahí donde debía encontrarse la máquina tragaperras. ¡Menudo pájaro estaba hecho Howard!

Revinus, con la cabeza llena de zumbidos, lo acompañó hasta el citado descansillo para ver el zócalo entreabierto.

Súbitamente se sobresaltaron.

—¡¿Qué es eso?! —exclamó el profesor—. ¡¿Lo ha visto usted?!

—Sí… No… —murmuró Peter—. He visto algo rojo, azul, violeta… En una palabra, me ha parecido que toda la casa estaba sumergida en un arco iris, eso es todo.

—A mí me ha ocurrido lo mismo. Todavía me duelen los ojos.

—¡Los míos me escuecen! ¿Fue un relámpago? ¡Pero si no hay tormenta!

Revinus abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla inmediatamente. Su mirada se endureció.

—Empieza la lucha —dijo con voz grave—, y será dura y terrible.

Peter Slumkin no era más que un buen hombre, muy incauto, para el que la psicología no tenía ningún sentido, pero mirando a su “jefe” de reojo, masculló:

—Decididamente, creo que el profesor es un tipo astuto y ha debido descubrir algo.

Goodfield estaba de servicio esa noche y, tras recibir el aviso por teléfono, prometió ir lo más pronto posible.

Prosper Revinus recorría a zancadas el despacho del director con un aspecto enfurecido que bien hubiera podido ser el de Harry Dickson en vísperas de uno de sus grandes combates. Slumkin lo oía murmurar frases sueltas.

—Tres hombres muertos… Harry Dickson llega… Harvant House arde… Lo que hay que saber es el tiempo que transcurre entre una cosa y otra. El relámpago surge… Los hombres están muertos… ¡Maldición!

Se abalanzó como un demente sobre la *cabeza de dos centavos* y, aunque era un aparato considerablemente pesado, lo levantó con un poderoso esfuerzo.

—Abra las puertas, Peter… Ábrame paso… Nos jugamos el pellejo y el de todos nuestros vecinos… ¡Rápido!

Slumkin no perdió el tiempo en preguntar. Abrió las puertas hasta atrás y, en el amanecer grisáceo, vio al profesor salir a escape hacia el estanque de Clissold Park, el más próximo al colegio.

—Bueno —refunfuñó el criado—, ahora tira la ruleta al agua. No entiendo ni jota. Por otra parte, creo que no valgo gran cosa para el oficio de detective. ¿Por qué corre tan deprisa? ¿Tendrá miedo de que salga un demonio de la máquina y que nade hasta el borde?

No dijo ni una palabra más. Una deslumbrante claridad naranja salió del propio seno del estanque y, en el mismo instante, una alta columna de vapor se difundió con un silbido atroz.

—¡El agua arde! —gritó Peter Slumkin.

—Yo no lo habría descrito mejor —afirmó Revinus, que volvía sin aliento—. Ésta es una de las diabólicas propiedades de ese misterioso fuego griego, tan antiguo como el mundo, pero cuya fórmula sigue siendo un enigma.

—¿Y fue el artefacto el que causó esto? Entonces, si estoy en lo cierto, unos minutos más y habríamos ardido como antorchas con la casa.

—Eso es lo que pasó en Harvant House —concluyó Revinus con énfasis.

No pudo proseguir porque Goodfield acababa de llegar y preguntaba con voz angustiada las razones del nuevo siniestro.

—Sólo se han perdido unos centímetros cúbicos de agua y unas cuantas docenas de carpas —declaró Prosper.

Después hizo un informe preciso de los acontecimientos acaecidos durante la noche.

—Emite usted una hipótesis bastante audaz, Revinus —comentó el superintendente meneando la cabeza.

—Y esto es sólo un anticipo de otra: ¡la de la noche que acabamos de vivir!

Sacó del bolsillo la ficha, lo que hizo sonreír a Goodfield.

—¡Empiezo! —anunció con tono doctoral—: Una criatura a quien llamaré X se da cuenta de que nosotros, es decir, Peter y yo, nos convertimos para ella en personajes molestos. X conoce la casa del señor Howard mejor que nosotros mismos. Por ejemplo, sabe que un aparato del tipo *cabeza de dos centavos* está oculto aquí. X se introduce por la noche y coloca la citada máquina sobre la mesa del despacho del fallecido señor Howard. Suena un disparo muy inoportuno, pues no era necesario. X había huido, y esto no hizo más que precipitar su fuga. Pero antes, X había hecho el ruido suficiente para que la oyésemos, con el único propósito de atraernos al despacho del director. Sin duda, en su precipitada fuga, X reguló mal el movimiento fatídico. El hecho es que Slumkin y yo nos encontrábamos en el descansillo en el momento en que surgió el relámpago.

Aquí Goodfield lo interrumpió con tono irónico:

—Pero ese relámpago… Vamos a ver…

—¡El relámpago lo explica todo! —dijo Revinus, victorioso—. El relámpago mató a los tres desconocidos de Harvant House, a quienes encontraron con los ojos quemados. No sé cuál es la procedencia de esa terrible descarga luminosa, pero he visto… Si nos hubiésemos encontrado en el despacho de Howard, ante la repelente *cabeza de dos centavos*, Slumkin y yo hubiéramos muerto también con las pupilas reventadas, y momentos después, como seguía funcionando el mecanismo, el fuego griego se hubiera propagado y el colegio Howard habría acabado igual que Harvant House.

—¿Y X? —preguntó Goodfield, contagiado por el entusiasmo de Revinus.

—¿X? —continuó el profesor—. Por el momento no logro despejar esta incógnita, como se diría en términos matemáticos, pero sí le doy una forma menos misteriosa. A X le atrajo mi singular anuncio bibliográfico en *El Amigo del Libro*, y como es un ser de una inteligencia fuera de lo común en mi opinión, sospechó de nosotros en el acto. X ha querido suprimirnos como lo hizo con el director Howard. Así pues, escribo la siguiente ecuación: X = asesino de Howard.

—¡Lostelot! —exclamaron Goodfield y Slumkin al unísono.

Revinus sacudió enérgicamente la cabeza.

—¡Oh, no! ¡No cuenta usted con Harry Dickson!

—¿Cómo? —dijo Goodfield, asombrado.

—Dickson declaró que el asesino de Howard era una mujer.

El superintendente se estremeció y apoyó la mano en el hombro del profesor.

—¡Válgame Dios, Revinus, se diría que desde la tumba nuestro famoso amigo aún quiere ayudarnos!

—Y Dickson no se engañaba, puesto que hablé de una mujer coleccionista de libros antiguos que se presentó poco antes que Lostelot y vi el desconcierto de este último al mencionársela.

—¡Vaya! —exclamó Slumkin—. Ese granuja debe saber con toda seguridad la respuesta.

—¡Tengo una idea! —propuso Revinus—. Llamemos por teléfono al número que nos dio Lostelot. Cuenten conmigo para inventar algo.

Goodfield aprobó la idea y acto seguido marcaron el número.

—Señal de avería —murmuró Revinus, decepcionado, mientras colgaba el auricular.

El policía descolgó y llamó a la central para preguntar el motivo de tal contratiempo.

—Es muy sencillo y trágico a la vez: el número que usted pide pertenece a la red 5-V en el barrio de Highbury, que arde en este momento como una antorcha gigantesca.

—¡Y es el tercero! —comentó desanimado Prosper Revinus—. Señor Goodfield, ya es hora de que pongamos fin a esta serie de tenebrosos crímenes.

—Pero ¿cómo…, cómo…? —preguntó el policía con desesperación.

—Pues centrándonos de una vez la novela negra de Ann Radcliffe y yendo al famoso Castillo de los Rostros Negros a investigar lo que pasa.

—¡Pero si sólo existe en esa increíble historia! —dijo Goodfield, malhumorado.

—Se equivoca usted, señor —respondió Prosper Revinus—. Fíjese si existe, que el difunto señor Howard se disponía a pasar allí sus vacaciones. Se encuentra al norte de Dumfries, en Escocia, en una pequeña región denominada Dorkdeen, ¿lo recuerda usted?

V

EL CASTILLO DE LOS ROSTROS NEGROS

Un hombre que quedó muy asombrado fue el alguacil de Dorkdeen cuando recibió la visita de dos caballeros de Londres. Uno de ellos iba provisto de unas credenciales totalmente auténticas de Scotland Yard.

El bueno del capitán Murray había estado ocupado seleccionando la última cosecha de tabaco en su despacho administrativo, que en realidad no debía servirle para otra cosa. Se disculpó con sencillez.

—Han transcurrido exactamente dos años desde que tuvimos el último proceso verbal en estos lugares —dijo—, y éste por una simple riña entre vecinos, que por otra parte se arregló en términos amistosos.

—Háblenos del castillo de Dorkdeen, capitán —pidió Prosper Revinus.

—¿Del castillo? —El alguacil sonrió—. ¡Oh, sí! Ya veo a qué se refiere. Esa antigua ruina que incluso los fotógrafos desdeñan. Hace cien años que sus últimos ocupantes lo abandonaron, y desde entonces nadie se ha tomado la molestia de traer ni una espátula de cemento ni de remachar un clavo en el armazón. Le dejo a usted la libertad de juzgar el estado en el que se encuentra.

Desapareció un momento para volver con una botella de buen whisky llena de polvo y telarañas. Mientras el maravilloso licor dorado caía en los vasos, continuó:

—Si fueran ustedes reporteros en lugar de policías, no les niego que encontrarían cosas de interés.

—No critiquemos a los periodistas —respondió Revinus—. A veces nos son de gran utilidad.

—¡Sí! Un periodista inglés que descubre un nuevo fantasma en un viejo castillo puede hacerse famoso de la noche a la mañana, lo admito —dijo el alguacil con ironía—. Pero un detective del Yard que solicita la detención de un espectro corre el riesgo de verse jubilado antes de tiempo, señores.

—Deduzco por sus palabras que el castillo de Dorkdeen posee su propio fantasma —dijo Revinus.

—Está usted en lo cierto. Si no, no sería digno de ser un castillo escocés. Pero como no molesta a nadie, nosotros tampoco lo molestamos a él. ¡Que reine la armonía entre los vivos y los fantasmas! En mi opinión, es una buena norma.

Pero no parecía dispuesto a consentir que la conversación tomase un derrotero humorístico.

—Estoy de servicio, capitán —dijo—. En caso de necesitar su ayuda o su participación recurriré a usted. Por el momento, deseo que mantenga en secreto nuestra visita. En cuanto caiga la noche, nos indicará el camino del castillo y usted volverá a su casa. Es todo lo que deseamos por ahora.

El capitán Murray, impresionado por el tono grave de su interlocutor, se cuadró.

—Estoy a sus órdenes, señor. Respecto a los aparecidos que antes mencioné, o mejor dicho, de los que se habla en la región, no hacen daño a nadie, y sólo se muestran de tarde en tarde. Algunos campesinos de las cercanías, así como unos pescadores de truchas, dicen que últimamente los fantasmas han aparecido con bastante frecuencia, pero no les hice caso.

El buen funcionario se apresuró a llenar de aceite dos sólidos candiles antes de entregárselos a sus visitantes.

—Si quieren ustedes explorar el castillo durante la noche, los necesitarán —dijo—, pues los subterráneos son muy profundos, y lo único que está medianamente bien. ¡Están excavados en la roca viva!

\*\*\*

Salieron en la oscura noche que presagiaba tormenta, caminando en fila india a través de numerosos senderos conducidos por el alguacil.

—Ya estamos llegando —dijo al fin el capitán Murray, señalando una elevada ruina bañada por la pálida luna que se asomaba entre dos jirones de nubes—. El sendero serpentea hasta la puerta de honor, que no tiene de puerta más que el nombre, pues los lugareños se la llevaron un buen día para hacer leña. El torreón sólo es un montón de piedras en ruinas, pero la entrada de los subterráneos se ve fácilmente al lado del porche del patio principal.

—Y, como toda mansión que se precie, los subterráneos tienen varias salidas, ¿no es así?

Murray hizo un ademán de duda en la oscuridad.

—Eso se dice. Se pretende que hay una que da al bosque del municipio. Otra, a cuatro leguas de aquí, en un desierto de peñascos que nadie cruza. Supongo que son cuentos…

Se despidieron de Murray, que se marchó meneando la cabeza y pensando que los policías londinenses se complicaban la vida inútilmente.

El decorado era siniestro en extremo y, sin la sangre fría de Prosper Revinus, Peter Slumkin, adoptando las ideas prácticas del alguacil, se hubiera quedado de buena gana en Dorkdeen, degustando el excelente whisky escocés de perfume embriagador.

Los subterráneos empezaban en una escalera estrecha de piedra gris, bastante seca y de fácil acceso, que se adentraba en espiral en las entrañas de la tierra. Los visitantes nocturnos no encontraron nada insólito, excepto unas cuantas ratas que huían a la luz de los candiles. Habiendo llegado al término de la escalera, penetraron en una cripta en donde el aire estaba estancado, despidiendo un tufo de podredumbre. Criptógamas lívidas y enormes crecían en el suelo y surgían, blancas y jugosas, entre las grietas.

De pronto, Revinus hizo un alto y obligó a su compañero a detenerse.

—Aquí está el primer fantasma —dijo, intentando que su voz sonara firme.

—Y al parecer se lo toma con calma —añadió el conserje.

En efecto, en la oscuridad, se oía, de cuando en cuando, una voz entrecortada por risitas de satisfacción.

—Giro dos veces y apuesto al rojo… ¡Giro, giro, giro y gano! ¡Ya veréis cómo acaba por salir el negro!

—Creo que viene de la izquierda—murmuró Prosper—. Rodeemos esta enorme columna. Aquí hay un corredor…

—Y una puerta que deja filtrar un poco de luz… ¿Llamamos?

No llamaron, sino que la abrieron bruscamente, echando mano al revólver.

Se detuvieron, atónitos y estupefactos…

Una cueva abovedada, arreglada a modo de salón, se presentaba ante ellos iluminada por un candelabro de siete brazos lleno de velas. Una minúscula estufa de hierro colado, cargada de *cok*, mantenía una agradable temperatura. Una gran mesa redonda ocupaba la mayor parte de la estancia, y un anciano caballero, en bata, con un cigarro aromático entre los labios, contemplaba con agrado a los dos intrusos que se acercaban.

—Entren… Entren sin miedo... ¡Hace mucho tiempo que los esperamos! Me preguntaba si está permitido hacer esperar tanto a la gente… ¡Ah, la puntualidad es la educación de los reyes! Pero los reyes están tan lejos… Tomen asiento y hagan juego.

—¡Santo Dios! —gimió Slumkin, con los ojos desorbitados.

En medio de la mesa había una *cabeza de dos centavos* y el anciano se afanaba en maniobrar la palanca de mando.

—Acabará por salir el negro —prosiguió el caballero de la bata—. Todo lo que caiga en la escudilla será para mí.

—¿Quién… quién es usted? —balbuceó Revinus.

El anciano miró con expresión inquisitiva al profesor de francés.

—Ah —murmuró—, es una pregunta muy difícil, pues me la hago a menudo. Pero es que recordar es muy difícil para todo aquel al que le hayan cortado la cabeza.

—¡¿Cómo que le han cortado la cabeza?! —exclamó Slumkin.

El viejo lo miró con tristeza.

—¿No lo ve usted, mi pobre amigo? —dijo.

Entonces, en su mirada apareció una expresión de desconfianza.

—¿Es una artimaña de ese horrible Robespierre para cortármela por segunda vez? —murmuró con angustia.

Se dio la vuelta, malhumorado, y se puso a accionar frenéticamente la palanca de la ruleta.

—¿Cómo podría acordarme aún, si ya no tengo cabeza? —dijo, hablando consigo mismo—. Lo he olvidado todo… ¡No sé dónde he puesto el tesoro, pero tengo que encontrarlo!

Prosper Revinus lo examinó con atención.

—¿Su Majestad me permite una pregunta?

—¡Majestad! —exclamó el anciano—. ¡Eso es! ¡Yo soy Su Majestad! ¡Pregúnteme todo lo que quiera!

Revinus sacó su bloc de notas del bolsillo y trazó a grandes rasgos una figura que representaba un rombo cruzado.

—¿No firmó Su Majestad un día una curiosa… memoria de esta forma?

El viejo cogió la hoja, la examinó y dijo:

—Sí, sí, soy yo… Ah, es usted un fiel servidor… Sí, sí, ya me acuerdo… He escrito esa memoria y en ella se encontraba la solución de todo… ¡Después me cortaron la cabeza! Así que no puedo recordar.

Slumkin cogió a Revinus por el brazo.

—Lo reconozco, jefe. Es el viejo que huyó de Clissold Park el día del crimen del señor Howard.

El profesor le indicó que guardara silencio.

—Nos vamos acercando —dijo—. Déjeme intervenir… Voy a…

—¡Dejarlo tranquilo, profesor Revinus!

El nuevo detective lanzó un grito y se volvió hacia donde procedía la voz. Al fondo de la estancia había una cortina de fieltro gris.

—¿Quién ha hablado? —gimió—. Por el amor de Dios, ¿quién acaba de hablar?

La cortina se corrió y estalló una doble carcajada.

—¡Han estado a punto de hacerme perder el beneficio de varios meses de exilio voluntario, y no siempre agradable!

Revinus tuvo que apoyarse en la pared para no desfallecer. Ante él estaban Harry Dickson y Tom Wills, sonrientes y burlones.

Le hizo falta beber más de un trago de whisky para reponerse de la sorpresa.

—Usted… Usted… Harry Dickson —seguía balbuceando.

—Claro que sí, claro que sí —contestó el detective, riendo con ganas—. Si le dijeron que el castillo estaba embrujado, tenían toda la razón. Han encontrado aquí dos auténticos fantasmas. Naturalmente, les debo una explicación, ahora que han dado con mi paradero, a no ser que prefieran contarme cómo han hecho para llegar hasta aquí.

Como Prosper Revinus se había repuesto un poco de la emoción, Harry Dickson decidió empezar.

—Es usted un hombre realmente valiente, Revinus —dijo con voz grave—. Muchos detectives habrían fracasado donde usted acaba de triunfar.

Señaló al anciano caballero que continuaba jugando a la ruleta sin preocuparse lo más mínimo de lo que pasaba a su alrededor.

—Sin este buen tunante, Tom Wills y yo hubiéramos perecido sin dejar rastro en Harvant House —dijo—, pero en el momento en que las llamas caían sobre nosotros, salió… ¿A que no adivinan de dónde? ¡De un viejo pozo! Sí, tan cierto como que lo estoy narrando. Nos arrastró tras de sí y, en el ambiente relativamente fresco y húmedo, mantuvimos una conversación poco corriente que me decidió a fingirme muerto y a esperar acontecimientos posteriores en los lugares en que nos encontramos ahora. Desgraciadamente, poco tiempo después, en el momento en que huíamos de Londres, el pobre hombre perdió la razón, impresionado en exceso por el incendio de Harvant House.

—Y no ha podido usted resolver el extraño misterio de la *cabeza de dos centavos* —dijo Revinus con voz queda.

—Eh, eh —dijo en tono evasivo el detective—. No pretendo haberlo resuelto del todo, pues falta un final a esta historia, final que, por otra parte, no se hará esperar mucho. Debo confesarles que, en el momento en que lo relate, perderá parte de su misterio, conservando, sin embargo, el de su final, que a mi parecer merecerá la pena ser revelado.

Harry Dickson se instaló confortablemente en un sillón, prendió su pipa e hizo una seña a Tom Wills. Éste depositó en la mesa una pequeña caja cuadrada, sacó dos auriculares y acercó uno de ellos a su oído.

—No se mueve nada —anunció.

—¡El verde gira y gana! —dijo el viejo.

—¿Sabe, Revinus —comenzó el detective—, que usted conoce mejor que nadie el principio de esta historia? Retrocedamos en el tiempo, hacia un periodo que conoce con todo detalle.

—¡La Revolución francesa!

—Así es. En 1792, Luis XVI, el desdichado monarca, proyectó otra huida al extranjero. Pero antes pensó poner a salvo un gran secreto, un tesoro… Lo logró; este secreto emprendió el camino hacia Escocia. ¡Hacia el castillo de Dorkdeen! Naturalmente, tuvo que fiarse de gente que creía digna de su confianza. Escogió nobles emigrados y, como jefe, al mismo conde de Dorkdeen. Pero la suerte se volvió contra el rey, que subió al cadalso al año siguiente. El secreto permaneció en Dorkdeen, en manos del conde y, de manera parcial, en las de los emigrados.

»Pasaron los años. En 1812, la famosa novelista Ann Radcliffe vino a pasar unas semanas en el castillo. Lo eligió para su novela *El Castillo de los Rostros Negros*, como sombrío decorado de la trama, no menos sombría, de su relato.

Aquí Harry Dickson hizo una pausa y se volvió hacia Revinus.

—¿Empieza usted a entrever alguna cosa con claridad? —preguntó con cierta ironía.

—Es posible. La Historia no oculta la existencia del conde de Dorkdeen, que tenía una pasión en común con su regio amigo: la mecánica y la cerrajería.

—Muy bien, Revinus —asintió Harry Dickson—. Así pues, la famosa novela se publicó y tuvo una influencia considerable en el conde. Vio en ella una especie de profecía. Decidió encerrar, si se puede decir así, el secreto real que estaba en sus manos, en el argumento de la misma novela. Fundó el Club de los Rostros Negros. Pero ¿quiénes eran estos misteriosos individuos? Es muy sencillo: todos los que compartían con él el secreto.

»Pasó el tiempo. Dorkdeen murió, los emigrados también. Pero la alianza prosiguió entre los descendientes directos de los difuntos. ¿En qué consistía su actividad? No lo sé, al menos de momento. Llegamos a nuestra época, y descubrimos entonces que los últimos descendientes de los Rostros Negros se reúnen con periodicidad irregular bajo el mando de un jefe, que sigue siendo misterioso, para jugar a la ruleta con una *cabeza de dos centavos*.

Slumkin, que estaba escuchando con suma atención, expresó una sencilla opinión:

—Así pues, toda esa gente que jugó con esta condenada máquina, los que han muerto y los que aún quedan vivos, son los últimos descendientes de los Rostros Negros de aquellos tiempos.

—Habla usted con sentido común, amigo mío —confirmó entusiasmado Harry Dickson—. Y ya que menciona a los que han muerto, podemos decir también que en los últimos tiempos se introdujo un elemento criminal.

—¿Con qué fin? —preguntó Peter Slumkin.

—Con el de apoderarse del secreto o del tesoro del rey, que parece serles desconocido. Ahora sigan el hilo con atención: en efecto, sólo uno continuó siendo el guardián del tesoro, y… —La voz del detective se alteró—…estaba dotado de una gran inteligencia, aunque algo extraña. Se creyó el guardián de algo sagrado, extraordinario… ¡y lo rodeó de una protección increíble!

»Los últimos Rostros Negros se habían convertido, bien a su pesar, en los practicantes de un rito insólito y peligroso. La ruleta misteriosa les prodigaba oro, pero al mismo tiempo podía sembrar el pavor y la muerte. Mas este rito había desencadenado unas fuerzas apocalípticas. Los últimos Rostros Negros ya no se sentían ligados por la amistad de sus antepasados. Por el contrario, un odio apagado los alentaba. Todos pensaban en lo mismo: apoderarse del tesoro real.

—El personaje misterioso que continuaba como el jefe desconocido… —empezó Revinus.

—¡Vamos llegando a él! El seis de mayo, la casualidad puso en mis manos el distintivo que únicamente ese personaje tenía que poseer.

De pronto, Tom Wills hizo una señal.

—¡Un ruido de pasos en el pasadizo del bosque! —dijo.

Harry Dickson prosiguió con voz muy clara:

—Aquí llegan los últimos Rostros Negros para jugar a la ruleta de la *cabeza de dos centavos*.

Ordenó silencio.

Poco después se oyeron unos pasos, pasos ligeros y rápidos, y la cortina se levantó: una mujer apareció con el rostro cubierto. Permaneció inmóvil un instante y Revinus se dio cuenta de que, por un segundo, pensó en retroceder. Después, dominándose, se adelantó y, sin decir nada, se sentó ante la mesa.

—¡Juguemos! —exclamó el viejo. Entonces miró a su alrededor y murmuró—: No estamos todos.

—¡Claro que sí, conde de Dorkdeen! —dijo el detective con voz pausada—. Estamos todos, y sólo una persona tiene aquí derecho a jugar: el único descendiente de los Rostros Negros de 1812. Es usted, conde de Dorkdeen.

Una chispa de cordura brilló en los ojos del demente.

—El último… El último… —murmuró.

Señaló a la mujer del rostro oculto.

—Entre nosotros siempre había una mujer —dijo con voz apagada.

—No es ella —dijo Harry Dickson con firmeza—. No es la duquesa de Perry. Ella falleció, al igual que los hombres de Harvant House, Lostelot, en el último incendio de Londres, y el repelente enano, ayer en el bosque de Dorkdeen.

Las manos de la desconocida temblaron, pero no dijo una palabra.

—Es usted la mujer más espantosa que he conocido en mi carrera, señora —dijo el detective volviéndose hacia ella—. Pero hoy sé, gracias a una casualidad, que me atrevería a calificar de maravillosa, que está usted desarmada. No quería correr por segunda vez el riesgo de matar al señor Prosper Revinus.

—¡¿Qué… qué quiere usted decir?! —exclamó el profesor.

Harry Dickson sonrió.

—Quería incendiar la casa del señor Howard y matar a Slumkin, pero ignoraba que usted, Revinus, se encontraba en la casa —remató Dickson con amarga sonrisa.

Un temblor agitó a la desconocida y el estremecimiento de sus hombros les reveló que lloraba.

—Pero ¿por qué querría matar a un ser inofensivo como Peter Slumkin? —se lamentó Revinus.

Harry Dickson sonrió.

—El sargento Peter Slumkin, de Scotland Yard, vigilaba desde hacía mucho tiempo al señor Howard, un famoso y, sobre todo, escurridizo falsificador.

—¡Cataplum! —exclamó cómicamente Revinus.

Harry Dickson se volvió de nuevo hacia la desconocida.

—¿Puedo continuar, señora? —preguntó con cortesía.

Ella accedió con un asentimiento.

—El hombre tan sumamente ingenioso del que les hablé antes era en realidad un demente. En su temible locura, había complicado los juegos tradicionales de la ruleta introduciendo en ellos armas mortales. Primero, el fuego griego, después un aparato que desprendía ratos mortíferos que él mismo había inventado, y cuyo secreto seguirá siendo un enigma. Debió de pensar que esas fuerzas sólo se desatarían como un juicio final. ¿Cómo explicar el funcionamiento de ese cerebro admirable, pero poseído por la más completa locura?

»Vuelvo a la noche del 6 de mayo. Lostelot fue advertido de que se jugaría en su casa. Pero he aquí que poco antes de que se presentasen los jugadores, apareció el terrible desconocido en persona. Lostelot se disponía a huir temiendo el final incierto del juego. ¿Qué sucedió entre el desconocido y él? Un altercado breve, sin duda, que acabó con la muerte del misterioso jefe, asesinado por Lostelot.

Harry Dickson hizo una pausa y continuó con voz grave:

—Escondió el cadáver en el sótano, donde seguramente lo encontraremos. Después, aterrorizado por su crimen, huyó. Desde entonces llevó una vida bastante errante, obsesionado por una idea fija: la de encontrar a su vez el tesoro. Y, con ese fin, estudió el mecanismo de las *cabezas de dos centavos*, pues estaba convencido de que de ese estudio dependía su descubrimiento. No estaba totalmente equivocado. Pero otros estaban sobre la pista, particularmente el astuto y endiablado señor Howard. Y descubrió el secreto gracias a usted, Revinus…

—¿A mí?

—Sí, a la excelente traducción de la memoria real, y sobre todo al logogrifo del conde de Dorkdeen, que era la continuación.

—¡Me voy a volver loco! —gimió Prosper Revinus.

—Pero el tercer ratero, o mejor dicho, ratera, vigilaba, y después de dar muerte al señor Howard de una puñalada, se apoderó de la memoria.

Harry Dickson tiró dos objetos sobre la mesa: una moneda de oro y una curiosa llave plana.

—Esto es todo lo que se necesitaba para hacer funcionar el mecanismo de la puerta misteriosa en donde se encontraba encerrado el tesoro —dijo—. La noche del 6 de mayo, en lugar de escupir muerte después de salir ganador el negro, el mecanismo de control arrojó simplemente la llave en la escudilla. Esto, el desconocido jefe lo sabía. Sin duda lo había querido así, creyendo que la mano de Dios decidiría si debía o no levantar el velo del misterio delante de los afiliados del club.

—¡La encontró! —gritó de pronto el viejo Dorkdeen, arrojándose ávidamente sobre la llave.

—Sí —dijo el detective con tristeza—, pero es preciso que les comunique que los Rostros Negros el año 1850 la habían encontrado antes que yo. Y si se reunían clandestinamente ante las ruletas era sólo para determinar la forma de explotarlas comercialmente, pues data de ese año la primera *cabeza de dos centavos* puesta en circulación. El secreto de Luis XVI no era un tesoro, sino simplemente una *cabeza de dos centavos*, un aparato automático inventado por él, en el que el pobre soberano había puesto todas sus esperanzas.

—¡Y a causa de eso murieron tantos hombres! —exclamó Slumkin.

—No olviden que eran arrastrados, a pesar suyo, por un loco —dijo el detective.

—Pero ¿quién es? —preguntó Revinus, angustiado.

—Si le dijese que Luis XIX, no mentiría. Era el último descendiente de Luis XVII, el misterioso rey en la sombra, a quien se creyó muerto, pero que sobrevivió y tomó el nombre de Neuhans. Este hombre al que la Historia sigue considerando un impostor, pero que con toda seguridad no lo fue. ¡Es precisamente su cadáver el que se está pudriendo en un sótano de Wild Street, en Londres!

—Sin embargo, hay otros criminales, aparte de Lostelot, en juego —añadió Prosper Revinus dirigiendo una mirada amenazadora a la mujer del rostro cubierto.

—Sí, Revinus. Pero criminal sin quererlo, a causa de…

—¿Quién?

—¡El profesor Revinus!

El pobre muchacho lanzó un grito de desesperación.

—¡Se ha vuelto loco, Dickson!

—No lo creo, Revinus. Veamos, cuando tradujo usted el manuscrito de Howard, ¿nunca habló de ello con nadie?

El profesor se quedó pensativo.

—Sí, es cierto —declaró—. Con el dinero que me pagó Howard fui a Francia y se lo conté a mi nodriza.

—¿Y no le pareció extraño que después Lostelot y el horrible pequeñajo, cuyo nombre no aportaría nada nuevo a este relato, se encontrasen en el vecindario de la buena mujer?

—¡Para espiarla y ponerla en peligro, posiblemente! —dijo Revinus, angustiado.

—Pero en realidad no le hicieron daño alguno, sino que les faltó tiempo para desaparecer…

—¿Qué quiere usted decir? —balbuceó el profesor, palideciendo.

—¡Cierren los ojos! ¡Cierren los ojos! —ordenó el detective abalanzándose sobre el aparato.

La mujer del rostro cubierto acababa de precipitarse sobre la *cabeza de dos centavos* y articulaba los mandos de forma singular.

—¡Cierren los ojos! —ordenó por última vez el detective.

Una voz desesperada y terrible gritó:

—¡Perdóname, mi querido Prosper!

A través de los párpados cerrados, los hombres percibieron un resplandor fulgurante. Después, se oyó un cuerpo que se desplomaba.

—Ya pasó el peligro —dijo Harry Dickson con voz sombría.

Se escucharon unos sollozos desgarradores. Era Prosper Revinus, quien, arrodillado junto al cuerpo inerte de la desconocida, le había levantado el velo.

Bajo él había aparecido un rostro demacrado, pálido e inteligente, de ojos extrañamente vidriosos.

—¡Nodriza! ¡Nodriza! —sollozaba el profesor.

—Si usted me hubiese dicho el primer día que su nodriza se llamaba Prebandiez se hubieran evitado muchos males —dijo gravemente el detective. Y agregó—: La doctora Prebandiez era una de las descendientes de los condes de Rambard, de los que usted es el último representante, y que fueron pretendientes al trono de Francia.

—Todo lo que hizo, lo hizo por mí —plañía Prosper Revinus—. Creyó que el tesoro del rey me correspondía por derecho.

Fue Peter Slumkin el que pronunció las últimas palabras sobre esta terrible, extraña y deplorable aventura. Pero las expresó en voz baja, para que los demás no las oyesen:

—Y todo por este trasto: una *cabeza de dos centavos*.

COLECCIÓN HARRY DICKSON

1. El canto del vampiro
2. La banda de la araña
3. Los espectros verdugos
4. Terror en el teatro
5. La calle de la cabeza perdida
6. La resurrección de la Gorgona
7. El extraño resplandor verde
8. El camino de los dioses
9. Los enigmas de la inscripción
10. El pulpo negro
11. Los misteriosos estudios del doctor Drum
12. La venganza de las siete sillas
13. La casa de las alucinaciones
14. Han matado a Parkinson
15. El misterio de los siete locos
16. El lecho del diablo
17. El fantasma del judío errante
18. El vampiro de los ojos rojos
19. Los vengadores del diablo
20. La cabeza de dos centavos
21. La terrible noche del zoo
22. El jardín de las furias
23. Fábricas de muerte
24. La piedra lunar
25. Los terroríficos
26. El sabio invisible
27. X-4
28. La isla del terror
29. El castigo de los Foyle
30. El templo de hierro
31. Pánico sobre Londres
32. El tesoro del príncipe del Nepal
33. El tribunal del terror
34. Los ladrones de mujeres
35. La ametralladora Musgrave
36. La ermita del pantano del diablo
37. La isla del señor Rocamir
38. Las aguas infernales
39. Las 24 horas prodigiosas
40. La estrella de siete puntas
41. La gran confabulación
42. El estudio rojo
43. La casa de los peligros
44. El baile de los horrores
45. El tirador misterioso
46. Los tres círculos del miedo
47. El asiento nº 27
48. El enigma de la esfinge
49. Los ojos de la luna
50. El caso Bardouillet
51. El hombre lobo
52. El laboratorio del doctor Selles
53. La casa encantada
54. La sombra misteriosa
55. Los cuadros encantados
56. El dios desconocido
57. El enmascarado de plata
58. Los ilustres hijos del zodiaco
59. El signo de los triángulos
60. Los malditos de Heywood
61. Habitación 113
62. La ciudad del extraño miedo
63. Las estrellas de la muerte
64. El novio ensangrentado
65. El fantasma de las ruinas

1. N. de la T.: Mezcla incendiaria utilizada por los griegos en sus combates navales. [↑](#footnote-ref-2)